

MENENDEZ PELAYO Y RIVA-AGÜERO

(A propósito de su epistolario)

César Pacheco Vélez

A. Pedro M. Benvenuto Murrieta

El Instituto Riva-Agüero quiere rendir homenaje a D. Marcelino Menéndez Pelayo, en el primer centenario de su muerte, dedicándole este número de su *Boletín* y publicando en él como pórtico, las cartas cambiadas entre D. José de la Riva-Agüero y Osma y el maestro español. Epistolario muy breve, revela, sin embargo, el inicio de una relación intelectual que se prometía profunda y cordialísima, troncada por la muerte prematura de D. Marcelino; revela también la notable influencia ejercida por el gran polígrafo montañés en nuestro historiador, especialmente en esos años decisivos de su formación; ofrece la coyuntura, en fin, de presentar la similitud de ambos espíritus —por tantos observada—, no sólo en varios de sus perfiles humanos e intelectuales, sino, sobre todo, en la especial significación cultural que ambos alcanzan, cada uno de ellos en su propio ámbito.

El epistolario entre Menéndez Pelayo y Riva-Agüero está integrado, al parecer, por cuatro piezas. Son dos cartas de Riva-Agüero a D. Marcelino, la primera de 1905 y la segunda de 1911, escritas con ocasión del envío al maestro de sus primeras tesis universitarias; y sendas

de D. Marcelino, en respuesta de aquéllas, de 1906 la primera y de 1911 la segunda, pocos meses antes de su muerte. Las cartas de Riva-Agüero han sido publicadas ya por Enrique Sánchez Reyes y Guillermo Lohmann Villena¹. La primera carta de D. Marcelino, que debe ser de comienzos de 1906, no ha sido hallada aún en el Archivo de Riva-Agüero²; la segunda apareció antes en el diario *La Prensa*, de Lima, en 1912³.

Ninguna gran figura contemporánea de la cultura hispánica puede asociarse con mayor propiedad al nombre de Riva-Agüero —y ninguna asociación le sería a él más grata— que la de D. Marcelino. Acaso no haya entre los intelectuales hispanoamericanos de este siglo quien con más títulos pueda ser señalado como el continuador de su ideario en América. Por eso con toda justicia dice el escritor ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide: "nuestro Menéndez Pelayo, José de la Riva-Agüero"⁴, repite en otra ocasión: el "Menéndez Pelayo americano, José de la Riva-Agüero"⁵ y ha reiterado recientemente: "Desde que conocí en Lima a aquel joven maestro genial instalado ya en el pleno dominio de la historia de su país y de la de España y América y de Europa, Riva-Agüero era para mí el Menéndez Pelayo americano; y lo calificaba yo de tal, con el asentimiento de cuantos se le acercaban"⁶.

La precocidad intelectual

Muchas son las notas de esta semblanza espiritual. Bastará que señalemos algunas. Una de las que primero y más fuertemente se nos

¹ *Menéndez Pelayo y la Hispanidad. Epistolario*, Santander, 1955, p. 256-259; *Diecinueve cartas inéditas de peruanos ilustres a Menéndez y Pelayo*, Mar del Sur, Nº 4, Lima, marzo-abril de 1949, p. 10-11.

² Hay referencias a ella en las cartas que publicamos ahora y en una de D. Ricardo Palma a Menéndez Pelayo (Cfr. *Epistolario de Ricardo Palma*, Lima, Editorial Cultura Antártica, 1949, t. I, p. 95-98).

³ Riva-Agüero dice que esa "breve pero expresiva carta" se publicó en el periódico limeño *La Prensa* "a principios de 1912", *El Inca Garcilaso de la Vega*, en *Opúsculos*, T. 2, Lima, 1938, p. 39.

⁴ Dedicatoria manuscrita a Riva-Agüero en su libro de discursos *Gonzalo Zaldumbide en Cuenca de los Andes*, Cuenca, 1934. Cfr. *Documenta*, II, 1, Lima, 1949-1950, Bio-bibliografía de José de la Riva-Agüero, Sección Dedicatorias, ficha Nº 1549, p. 499.

⁵ Dedicatoria manuscrita a Riva-Agüero en su libro *Montalvo*, New York, 1934. Cfr. *Documenta*, II, 1, ficha Nº 1739, p. 512.

⁶ *Recuerdos Novecentistas*, *El Comercio*, Lima, 10 de agosto de 1958, Suplemento Dominical, p. 2.

presenta es la de su asombrosa precocidad intelectual. Ambas personalidades surgieron con todo vigor a la vida literaria en plena adolescencia y tuvieron en ella, como muestra de su clarísima vocación, una rara madurez. D. Marcelino publicó las páginas broncas y polémicas pero también pasmosamente eruditas de *La Ciencia Española*, en 1876, a los veinte años. Y esa obra fue el comienzo de una extraordinaria empresa restauradora en la cultura española, que sólo concluyó con su muerte, en 1912, apenas a los 56 años. Riva-Agüero publicó su primera tesis universitaria, *El Carácter de la Literatura del Perú Independiente*, en 1905, a los diecinueve años. Y también puede decirse que esa primera tesis no solamente asombró a los catedráticos sanmarquinos de entonces sino que recibió desde España el espaldarazo de D. Miguel de Unamuno⁷ y constituyó el inicio, ya magistral, de una tarea renovadora en la crítica literaria e histórica en el Perú, truncada en 1944, con su muerte, también prematura, a los 59 años.

Esta fulgurante aparición —que desde luego no pretendemos igualar en sus proyecciones— obedecía, en ambos casos, a una infancia y primera juventud, recogidas y estudiosas. Los dos escritores sintieron muy pronto una irresistible inclinación por las letras. Ambos fueron es-

⁷ Unamuno escribió un largo comentario sobre la primera tesis de Riva-Agüero, resalta el vigor y la originalidad de sus planteamientos, en la revista *La Lectura*, de Madrid, y firmó sus trabajos en noviembre de 1905. Se halla ahora refundido ese elogioso estudio en el volumen N^o 703 de la Colección Austral (Buenos Aires, 1947) que lleva por título *Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana*, el mismo del artículo acerca del libro de Riva-Agüero. "Es una tesis —dice Unamuno— sobre la cual me creo en el deber de llamar la atención de todos los estudiosos de cosas referentes a la cultura hispano-americana; una tesis que debe hacernos esperar que su autor llegue a ocupar, con el tiempo, uno de los más eminentes puestos en la república de nuestras letras —una misma allende y aquende el Océano—; una tesis tan l'ena de sana y sólida doctrina, de juicio independiente y sereno, que sorprende proceda de un estudiante que termina su carrera" (p. 71-72). Y en una carta a don Ricardo Palma, del 1^o de noviembre de 1905, Unamuno le dice: "Adjunto carta que quiero que haga llegar al joven José de la Riva-Agüero, cuya tesis acabo de leer, felicítelo usted de mi parte. Pocas veces he leído un trabajo en que se revela mejor buen sentido, más independencia de juicio y más sereno sentido crítico". (Cfr. *Epistolario de Ricardo Palma*... T. II. p. 399.

En un reciente artículo sobre *Unamuno y la literatura hispanoamericana* (Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura, N^o 30, París, mayo-junio de 1958, pp. 3-12), Guillermo de Torre silencia este capítulo del temprano interés de D. Miguel por las letras hispanoamericanas.

colares y universitarios brillantísimos, austeros y concentrados, sin las disipaciones o frivolidades propias de esa edad.

Hasta la infancia de D. Marcelino ha llegado la devoción popular, leyendosa, tejiendo sobre ella relatos extraordinarios que sin duda tienen un fondo de verdad. Se dice, así, que nunca se sumó a los juegos escolares. Que los suyos fueron muy propios y distintos: escenificar, por ejemplo, la ceremonia académica de la apertura del Instituto de enseñanza secundaria de Santander en la cual él pronunciaba siempre, ante el asombro de sus hermanos, el discurso de orden. Su juego y afición fundamental fue la lectura; se pasaba noches enteras leyendo y para burlar la vigilancia materna se escondía en los bolsillos todos los cabos de vela que encontraba y se alumbraba con ellos en sus lecturas nocturnas⁸. Su infancia fué afable pero seria, y despertó desde niño el respeto y la admiración de todos. El propio Riva-Agüero, en las páginas tan llenas de encanto de *Añoranzas* —con que glosó el libro, también precoz, de Pedro M. Benvenuto M., *Quince Plazuelas, una Alameda y un Callejón*—, ha narrado con su clásica franqueza los aspectos menos agradables de sus primeros años escolares⁹ y cómo su juego favorito eran las lecturas personalmente escogidas a las cuales se entregaba en su casa de Lártiga: "para paladear a mis anchas mis libros predilectos, exageraba o fingía a veces leves indisposiciones, a fin de no concurrir algunas tardes al colegio"¹⁰. Y Francisco García Caide-

⁸ Miguel Artigas, *La vida y la obra de Menéndez Pelayo*, Zaragoza, 1939, p. 14 y ss.

⁹ "...me encontré con una turba de muchachuelos bulliciosos y malcriados, propensos a mortificarme porque me reputaban niño engreído. Grandes y chicos apoyaban esta opinión en mi luto reciente, en mi salud delicada entonces y en las fútiles circunstancias de conducirme un criado al colegio y de ir en coche cuando llovía; y eso que no iba yo con frecuencia en el coche de mi casa, pues no había tiempo de avisar a la apartada caballeriza de Monserrate, sino en un humilde carruaje de alquiler. Las mezquindades y ruindades de la vida principian a probarse desde la primera escuela; y la diferencia entre el hogar cariñoso y las bajas pasiones del ambiente exterior, mucho más que el hombre desengañado y endurecido por trances graves, la percibe y experimenta el niño sin hermanos, puesto de repente en contacto con sus contemporáneos, porque la infancia es por naturaleza la reproducción abreviada del salvajismo. Pronto reaccioné, y castigué insolencias. Ya desde el segundo año de preparatoria había conquistado mi tranquilidad y mi puesto. Los más discolos de mis condiscipulos se convencieron de valer por sí mismo el presunto engreído tanto o más que ellos; y principié a interesarme de veras en los estudios que no fueran matemáticos" (*Añoranzas*, en *Opúsculos*, T. I, Lima, 1937, p. 322).

¹⁰ "Me refugiaba en los bajos de mi casa, ocupados por mis dos tías abuelas. Una de ellas, Doña Rosa, inteligente y enérgica anciana, guardaba en un

rón, que fue su amigo desde la niñez, dice: "En los recreos, en vez de jugar, comentábamos nuestras lecturas"¹¹.

Esa común pasión por la lectura fue también, en ambos, pasión por los libros mismos: fueron los dos coleccionistas infatigables y amorosos. En el caso de D. Marcelino, elocuente testimonio de su bibliofilia —a la que se unen risueñas y pintorescas anécdotas— son esos cuarenta mil volúmenes que él reunió en vida y que donó a su ciudad natal y hoy integran la Biblioteca de la Sociedad Menéndez Pelayo de Santander. En el caso de D. José, igual valor de testimonio seguro tienen los veinte mil volúmenes —a los que habría que añadir un número apreciable perdido en viajes y préstamos y en el terremoto de 1940, en Chorrillos— que constituyen hoy la base fundamental de la Biblioteca del Instituto que lleva su nombre¹².

cuarto muy chico, especie de recámara, breve pasillo o alcoba antigua, que ya ha desaparecido, junto a la antecuada de azulejos, un estante, en cuyos anaqueles, y al alcance de mis manos, se alineaban las obras que me seducían. Eran, entre otras, el *Quijote* con láminas; el *Telémaco* de Fenelón, también con grabados, en que los personales aparecían vestidos medio a la griega, medio al estilo Luis XIV; los helenísticos y melodioso *Mártires* de Chateaubriand, porque a la edad de diez años ya leía yo de corrido el francés; un viaje a Tierra santa escrito por nuestro compatriota Ingunza; el *Evangelio en Triunfo* del legendario limeño Olavide; la *Conquista del Perú* por Prescott, con el apéndice de la insurrección de Girón por Icazbalceta; una impugnación del *Vigil* por el P. Gual, y una biografía apologética de García Moreno" (Ibid., p. 323).

¹¹ José de la Riva-Agüero. *Recuerdos*, Lima, 1949, p. 9.

¹² Muchos centenares de esos libros tienen las dedicatorias manuscritas a Riva-Agüero, publicadas en la revista limeña *Documenta* (Cfr. notas 5 y 6); y los libros más cercanos a los temas que Riva-Agüero trabajó —los de Menéndez Pelayo, por ejemplo— contienen valiosas notas manuscritas del propio Riva-Agüero, hechas a lápiz y que corren el peligro de perderse. Esas anotaciones marginales son de enorme valor porque presentan, muchas de ellas, juicios y glosas de Riva-Agüero que por diversas circunstancias no han pasado luego a sus libros y artículos. Es muy lamentable, por ejemplo, que la segunda edición de *La Historia en el Perú*, hecha en Madrid en 1952, que por encargo testamentario de Riva-Agüero dirigió el Marqués del Saltillo, no sólo no haya sido concordada con el pensamiento definitivo del autor —conforme lo pidió también él— sino que no se hayan aprovechado en ella las notas manuscritas y marginales de Riva-Agüero —en un ejemplar especial— "en su mayoría a lápiz, fruto de impresión de lecturas o de atisbos críticos surgidos al repasar lo escrito hacia años" y que se aduzca para haber prescindido de esas valiosas anotaciones del autor que "no ofrecían claridad para ser transcritas" (Cfr. la *Advertencia* que firma en la edición madrileña, con sus iniciales, don Miguel Lasso de la Vega), cuando la tetra de Riva-Agüero no presenta mayores dificultades.

Esta incontenible avidez por la lectura tuvo en ambos el estímulo y el auxilio de una memoria privilegiada, que les ampliaba incensantemente horizontes y les abría nuevos campos para su afán erudito. De Menéndez Pe'ayo se cuentan verdaderos portentos —incluso infantiles— de memoria. La leyenda dice que leía varias líneas a un mismo tiempo, que podía repetir íntegras páginas y páginas del Quijote, capítulos enteros de la Biblia. También Riva-Agüero tuvo una memoria extraordinaria: "su memoria era firme, inagotable, abrumadora"¹³, "sabía de memoria páginas enteras de César Cantú"¹⁴. En repetidas ocasiones su charla se tornaba, ante la admiración de todos, disertación eruditísima en que hacía gala de su facundia y de un saber que fluía lleno de precisiones y de citas impresionantes. Su calidad oratoria⁵, de incomparable rotundidad, tenía como base no sólo la corrección y la belleza clásica de su lenguaje, acompasado y redondo, sino su erudición de humanista servida por una memoria fidelísima. Muchos consideran que acaso las mejores expresiones del talento de Riva-Agüero se han ido en esas frecuentes y delcitosas charlas que tanto le gustaban¹⁶.

des para su lectura. Es realmente urgente recoger ya esas anotaciones de Riva-Agüero en los libros propios o ajenos, con vista a la edición de sus *Obras Completas*, similar a la edición nacional de las *Obras Completas* de Menéndez Pelayo.

¹³ Francisco García Calderón, ob. cit., p. 11. La memoria excepcional de Riva-Agüero ha originado también juicios que parecen de leyenda. García Calderón narra algunas anécdotas en el folleto de homenaje a su viejo amigo: Marcel Ribiere, Secretario de Poincaré, que había gozado la memoria de Riva-Agüero en varias charlas, refiriéndose a ella siempre la preguntaba a D. Francisco: ¿Cómo está el monstruo, su amigo el marqués? Y Gonzague de Reynold que había conocido a D. José en Roma, le escribió a García Calderón manifestándole su asombro por la portentosa memoria de Riva-Agüero (Ibidem). Alfonso Tealdo, en su reportaje para la revista *Turismo*, en 1941, dice que Riva-Agüero tiene "la segunda memoria del mundo después de la de Einstein, como yo lo leyerá en un periódico francés". Armando Nieto Vélez, en un artículo publicado en *El Comercio* de Lima, el 25 de octubre de 1954 y reproducido en el libro que publicó nuestro Instituto —*Homenaje a Riva-Agüero*, Lima, 1955, p. 141— dice que el Embajador del Brasil en Francia, Sousa Dantas, afirmaba: "Las dos memorias que más me han impresionado en mi vida son las del político Raimundo Poincaré y la del historiador Riva-Agüero". Sobre *La memoria de Riva-Agüero* escribió un artículo Antonio Pinilla S. C., en el periódico limeño *Punto y Coma*, N° 39, noviembre de 1944.

¹⁴ F. García Calderón, ob. cit., p. 8.

¹⁵ Sobre las dotes oratorias de Riva-Agüero hay una bella página de Pedro Benvenuto Murricta en *Semblanzas de Riva-Agüero*, Mercurio Peruano, N° 333, Lima, diciembre de 1944, p. 895.

¹⁶ Angel Gonzalez Palencia evoca una visita a Toledo con D. José "que dejó imborrable recuerdo en mi memoria" y una conversación de so-

El ambiente de esa infancia y juventud entregadas al estudio y a la lectura solitaria, a ese diálogo callado con los clásicos que amaban, se prolongó en la vida de ambos personajes, a pesar de las circunstancias que los llevaron a diversos campos de acción pública, creando en torno de ellos un cierto aroma de íntima soledad y de nostalgia. Solteros ambos, el hecho de no formar familia propia no les restó, sin embargo, calor humano, efusión generosa, entusiasmo creador frente a la vida.

La actividad política

Menéndez Pelayo y Riva-Agüero reunieron —dentro del distinto nivel de sus ambientes— condiciones excepcionales de inteligencia y responsabilidad. Y por eso los dos fueron requeridos, en distinta medida, para menesteres que los apartaron, siquiera transitoriamente, de su vocación fundamental. Y así, los dos acudieron a la tarea política activa, a la que aportaron, como forma legítima de su patriotismo y de su responsabilidad social, afanes generosos, esfuerzos no siempre bien entendidos ni aprovechados. Dotados de verdad para el combate de las ideas, tenía que serles ingrata la lucha menuda contra los intereses y las pugnas de grupos y personas. Ninguno de los dos escatimó su tributo, pero con ambos la política fue adversa, y más aún con Riva-Agüero, que le entregó más ilusión y más tiempo.

D. Marcelino surge a la política española en los años en que se inicia la restauración de la monarquía liberal, y es Cánovas la figura señera. En el panorama de los grupos de entonces los "partidos históricos" son el liberal de Sagasta y el conservador de Cánovas. Más cerca de éste, sin duda, pero dentro de otra agrupación —la "Unión Católica", que fundó Alejandro Pidal, y que es más una asociación apostólica que política— D. Marcelino acepta la restauración y es partidario de la rama dinástica alfonsina. Está, pues, a la derecha de Cánovas, de-

bremesa en que nuestro historiador, transportado, disertó largamente sobre El Escorial y Toledo como símbolos de España. "¡Lástima que no hubiera tomado aquella conversación un taquígrafo", exclama el escritor español (*Don José de la Riva-Agüero y España*, Mercurio Peruano, Nº 213, Lima, diciembre de 1944, p. 555). Pedro Mourlane Michelena afirma: "Hemos conocido grandes conversadores pero ninguno que reanimase el pasado con la fidelidad y con el toque rigurosamente mágico del Marqués de Montealegre de Aulestia" (*En la muerte del gran amigo de España D. José de la Riva-Agüero y Osma*, Mercurio Peruano, Nº 213, Lima, diciembre de 1944, p. 568).

cididamente frente a progresistas y radicales pero tampoco junto a carlistas e integristas, los "carlistones" como los llamó alguna vez. Su famoso **Brindis del Retiro** de 1881, que fué una feliz expresión oratoria de su ideario, dió lugar a que se renovaran los afanes de los integristas por atraerlo. Pero D. Marcelino mantuvo su independencia. Consideró poco realista su actitud —mereciendo por ello los ataques de quienes doctrinariamente estaban tan cerca de él— y apoyó hasta el fin la política de Cánovas. En 1884 ingresa a las Cortes como diputado por Mallorca y en 1891 vuelve a ellas representando a Zaragoza. En las dos ocasiones, dentro del conservadorismo de Cánovas, que considera la posición más adecuada a las circunstancias, trabaja por la cultura y en especial por algunas reformas educativas. Pero siempre se queja, especialmente en cartas a sus amigos, de que esa actividad política, con sus cubileteos y sus afanes electorales, le quita el tiempo y hasta el humor para sus estudios. En 1893, a los treinta y siete años, ingresa al Senado, primero por la Universidad de Oviedo y luego por la Real Academia de la Lengua, y en él permanece hasta su muerte. La alta cámara era un organismo más bien técnico y su incorporación a ella significó en verdad su retiro de la política activa y su entrega total a su pasión por la ciencia. Creyendo que la política es el "arte de lo posible", sin la pugnacidad que tuvo para el combate puramente ideológico, con una actitud nítidamente católica, D. Marcelino intervino en la contienda de su tiempo sin gran ilusión, luchando siempre por la "unidad católica", intentando hacer lo que consideraba mejor dentro de las circunstancias, independiente y sereno, blanco de los ataques de los extremos doctrinarios. Fué, podemos decir con Florentino Pérez Embid, "intransigente para las ideas, comprensivo para las personas"¹⁷.

D. José de la Riva-Agüero, descendiente de los conquistadores del Imperio Incaico, retoño de los más esclarecidos linajes virreinales, bisnieto del primer Presidente del Perú republicano, tenía que sentir, imperioso, el llamado de la política. Cuando Riva-Agüero y su generación novecentista aparecen en el escenario político peruano la figura cimera es la de Piérola, que ha realizado entre nosotros una obra de restauración institucional en alguna forma parecida a la de Cánovas en España. La generación novecentista, que estudia al Perú con pasión verdadera, después de la catástrofe de la Guerra del Pacífico se apresta

¹⁷ La actuación política de Menéndez Pelayo la ha estudiado muy bien Florentino Pérez Embid en su ensayo *La participación de Menéndez Pelayo en la política activa*, en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*, Madrid, Editora Nacional, 1956, p. 379-408.

a la reconstrucción y asiste con cierto entusiasmo al juego político de la "república aristocrática", al turno en el poder entre el Partido Civil de Pardo y el Demócrata de Piérola. Dentro del ambiente liberal reinante estos dos partidos no entrañan profundas diferencias doctrinarias o programáticas sino más bien de matices y aún de personas. Las arbitrariedades del poder y el turbio juego oligárquico desilusionan a los mejores elementos de la juventud universitaria que militan en esos bandos. Pronto Riva-Agüero surge como el *leader* indiscutido. Durante el primer gobierno civilista de Leguía se ahonda la ruptura de la generación novecentista con lo que podríamos llamar la vieja política. Un artículo de Riva-Agüero titulado "La amnistía y el Gobierno" del 12 de setiembre de 1911, que publicaron los principales diarios de Lima y que era una "brillante requisitoria" pidiendo la libertad de varios políticos demócratas encarcelados por el gobierno civilista de Leguía, produjo a su vez el apresamiento del joven caudillo, que pertenecía por tradición familiar al Partido Civil. Pero la libertad de Riva-Agüero se obtuvo inmediatamente exigida por la juventud que invadió las calles en jornadas que V. A. Belaunde y Ventura García Calderón han narrado con vibrante colorido¹⁸. A los pocos días Riva-Agüero recibió un gran homenaje de la intelectualidad de Lima al cual se adherieron los partidos políticos. En ese banquete se oyen vivas a Pardo y a Piérola, parece revivir el espíritu del 95. Así comienza, llena de grandes augurios, la carrera política de Riva-Agüero, jefe ya y cabeza de la *élite* universitaria.

Los nuevos tiempos exigían planteamientos políticos más acordes con la realidad del Perú y del mundo. Reuniendo a los mejores elementos de los partidos tradicionales, Riva-Agüero fundó en 1915 el Partido Nacional Democrático. Se intentaba reunir y remozar las mejores tendencias y ponerlas al día "para hacer frente a los comunes enemigos que nos amagaban, a los excesos de la demagogia despótica, y a la novísima izquierda liberal y radical, que germinó al calor de las prédicas de González Prada"¹⁹. Riva-Agüero incorporó al programa de su

¹⁸ Victor Andrés Belaunde, *Recuerdo de Luis Fernán Cisneros*, en *Mercurio Peruano* N° 328, Lima, julio de 1954, pp. (353)-385; Ventura García Calderón, *Nosotros*, París, (1946), p. 52 y ss.

¹⁹ José María de la Jara, en *Opúsculos*, t. 2º, Lima, 1938, p. 415. Dice allí Riva-Agüero: "...hubo de causar extrañeza y aún estupor un grupo en su mayoría joven, que era un partido naciente y que no obstante, reputaba la política como una labor patriótica, grave, elevada, paciente y austera, y de largo

partido ideas renovadoras sobre la intervención del Estado en lo económico y sobre la representación funcional y corporativa; significó su ideario un nuevo afán por la justicia social auténtica, dentro del orden, el respeto por todos los fueros institucionales, el decoro y la pulcritud en la función pública. Pero al partido le faltó, lamentablemente, el más sólido soporte de una coherente y cohesiva concepción católica que Riva-Agüero retomaría sólo varios años más tarde. Quienes históricamente estaban llamados a abrir camino a estos nuevos elementos, a esta élite que seestrenaba, fueron no sólo indiferentes sino francamente hostiles, y les cerraron el paso. Luego vino el *oncenio*, destructor, el largo y digno destierro, la frustración política. Cuando en 1930 cayó Leguía y Riva-Agüero regresó de Europa, se encontró con un país cambiado ya políticamente, con nuevas pugnas y tendencias, con la acción desintegradora de los diversos grupos marxistas. Vino la etapa de la difícil readaptación, "la tragedia del retorno", que dice Belaunde. Riva-Agüero no se arrinconó en sus libros; intentó actuar nuevamente. Se produjo por entonces su fervoroso retorno al catolicismo y su posición doctrinaria es ahora nítida y beligerante. Llevó su pugnacidad a la función pública y fue ejemplar Alcalde de Lima y Ministro de Estado, por breve período. Durante los meses en que fue Jefe de Gobierno, la tajante claridad de su conducta despertó pronto la animadversión de los políticos profesionales que lo sabían negado para el acomodo o la transacción claudicante; cierta prensa amarilla se cebó en su figura, tan por encima del ambiente, y logró crearle una verdadera leyenda negra. Retrógrado, desdeñoso, insensible a los problemas humanos, dijeron de él,

alcance: que no la reducía al bullidor y febril prurito electoral, ni a la charlatanería impúdica, que de todo se jacta y todo lo promete, ni al consabido y fácil acomodo: que no explotaba apetitos, engaños ni rencores; que no era pedigrüño ni logrero, servil ni faccioso. Dimos ejemplo de decencia, serenidad, dignidad y civismo (416). "Avanzaba a rápidos pasos la catástrofe que habíamos anunciado y en la enervación general nadie logró detenerla. Los mismos que nos habían restado fuerzas y denegado prestigio, nos acusaron luego de ineficaces, cuando éramos los únicos que protestábamos en voz alta... Ante la fuerza bruta, estimulada y desbordada por las culpas de nuestros propios censores, tuvimos que disolvernó, como todos los demás verdaderos y libres partidos, sin excepción alguna. Nos fuimos a la proscripción; y se quedaron morlando, con bajuna risa, los que hartó habían de llorar después. Muerto quedó nuestro juvenil ensueño político, encuadrado en cánones de estricta pulcritud. Una algazara vil celebró nuestro fracaso, que era el del Perú; y a poco más de dos lustros, la justiciera historia, con el irresistible curso de los hechos, había convertido a todos, vencedores y vencidos, perseguidores y víctimas, burladores y vejados, renovadores, restauradores y demoleedores, en una colección de *fracuosos lastimosos*" (p. 417 y 418).

cuya emoción social, por auténtica, sabía manifestarse con modesta y silenciosa largueza ²⁰. Cuando el gobierno decidió promulgar la ley del divorcio, que minaba por sus bases la familia cristiana y la estabilidad social, Riva-Agüero se apartó del Ministerio dando una rara lección de desinterés y consecuencia. En los últimos años de su vida no ocupó los cargos públicos que en el Perú nadie podía disputarle, pero siguió siempre atento y vigilante al proceso de la política nacional, dispuesto a la acción en servicio de los grandes intereses peruanos. Su palabra que debió ser siempre norte y derrotero, fué muchas veces desoída o contrariada. No desmayó nunca en la brega y estimuló fervoroso a cuantas instituciones consideraba integradoras de la nacionalidad, entregando magnánimo su tiempo y sus nobles esfuerzos a las más importantes empresas de su causa. Olímpico y solitario pasó por nuestra vida pública "censurado por los ignorantes, menospreciado por los necios, combatido por los bribones y mofado por los viles" ²¹, seguido por lo más selecto de su juventud contemporánea y añorado con devoción, al ver tantas ilusiones truncadas con su muerte, por la juventud de la Universidad Católica de esos años. Ante la increíble incomprensión de muchos y los éxitos de la mediocridad medradora, debió sentir alguna vez nostalgia de un medio más amplio —como el de Europa, en que discurre con tan señorial despejo—; de un medio con mayores posibilidades para su enorme talento. Desgracia inmensa fué que Riva-Agüero no pudiera unificar esfuerzos y provocar con su incomparable coherencia, un movimiento eficaz y permanente que vertebrara a la derecha peruana; nó a la oligarquía plutocrática, cuya avidez fenicia tanto despreció, sino a la derecha histórica e ideológica, tradicional y renovadora a un mismo tiempo, al conservadorismo progresista, al frente del marxismo

²⁰ Refiriéndose a este aspecto tan injustamente atacado de su personalidad dice Pedro Benvenuto: "Sin hablar de sus limosnas, sin quebrantar el silencio que les dió mérito, podría haber aducido su labor ministerial, su amparo a los grupos de trabajadores sanamente orientados, numerosos artículos y hasta discursos, como los que pronunció al inaugurar la irrigación de Siguan, las casas para obreros y los refectorios escolares. Fue el colmo: presentar como exponentador al cristiano practicante que inspiraba su vida y emoción sociales en los Evangelios y en la vibrante Epístola de Santiago" (*Riva-Agüero, el Maestro*, en *Blasón* Nº 11, Lima, noviembre de 1944, p. 17).

²¹ *Don José de la Riva-Agüero. Una extraordinaria cultura en un espíritu valiente*, reportaje de Alfonso Tealdo, en *Turismo*, Nº 62, Lima, julio de 1941. Quién ha estudiado muy bien la significación de Riva-Agüero, en nuestra política es Alberto Wagner de Reyna en su *Perfil de Riva-Agüero*, en *Revista de Estudios Políticos*, Nº 24, Madrid, 1945, pp. 187-196.

y a la derecha de la democracia cristiana. A la postre, la frustración política de Riva-Agüero y su generación fue el fracaso en la "desperdiciada Historia del Perú", de las mejores posibilidades de nuestro siglo.

Actitudes intelectuales

Pero si en sus trayectorias políticas, con su entrega generosa, su altivez e independencia, su afán renovador y sus dolorosos contrastes, presentan semejanzas Menéndez Pelayo y Riva-Agüero, mucho más los hermanan su formación y su aptitud intelectual, sus aficiones y saberes literarios y científicos, su sentido de la tradición y de la historia, su peculiar actitud magisterial y académica, su férvido patriotismo irrestañable, sus concepciones culturales, su amor por lo clásico, lo latino y lo hispánico, su catolicismo, en fin, centro unificador de luces y de esfuerzos vitales.

La probidad intelectual, la valentía proverbial de ambos escritores los llevó no solamente a la denuncia paladina de los errores y falsificaciones ajenas sino también a la hidalga rectificación de los propios yerros. Dámaso Alonso ha escrito un libro sobre las palinodias de **D. Marcelino**²² en el cual precisa y analiza las sucesivas rectificaciones a que fue llegando Menéndez Pelayo frente a sus juicios literarios y estéticos. Lo mismo podemos decir de Riva-Agüero que escribió varias magistrales **rectificaciones necesarias**²³ ante planteamientos falsos o indocumentados sobre el Perú de autores extranjeros, superficiales o turistas, pero que supo también, a costa de explicables violencias, hacer pública retractación de errores en materia de ideas filosóficas y de creencias religiosas²⁴; revocación, por más personal e íntima, mucho más dura

²² *Menéndez Pelayo, crítico literario*, Madrid, Editorial Gredos, 1956.

²³ En una carta al Conde Giuseppe Chiassi, Director de la revista ilustrada de Roma *Cose*, hizo muy precisas y paladinas rectificaciones al diplomático italiano Gino Ludovico Kellner que había publicado en enero de 1929, en la citada revista, impresiones de un viaje por el Perú; rectificación en que ofrece al ligero turista lecciones de historia peruana y aún de historia europea. (Cfr. *Opúsculos*, t. 1º pp. 77-84). En julio de 1944, pocos meses antes de su muerte había publicado una encendida *Rectificación necesaria* a un artículo de Ricardo Pattee en el cual se lo presentaba como hispanizante exclusivo y desdénso de lo indígena (Cfr. *Mercurio Peruano*, Nº 213, Lima, diciembre de 1944, pp. 630-632).

²⁴ *Discurso en el Colegio de la Recoleta* (1932), en *Opúsculos*, t. 1º, pp. 373-378.

y meritoria que la de los simples juicios literarios. Los dos escritores supieron ejercer con celo infatigable ese difícil apostolado de la verdad; de allí emana su claridad, su rectitud, su audacia, su libertad soberana, pero también su comprensión y su generosidad, su amplitud para reconocer méritos y valores en donde los hubiera, su entrega pródiga al saber y su afán por transmitirlo, sin egoísmos, en perenne actitud magisterial.

Ambos rechazan la superficialidad y la pseudo-erudición. Los dos tenían un fuerte instinto que los llevaba a las raíces y a las fuentes de cuanto debían conocer, una voluntad férrea y una capacidad de trabajo extraordinaria. De allí también la magnitud de sus obras. Ciciópea en el caso de D. Marcelino; cuantiosa también la de Riva-Agüero, aunque algunos hayan querido minimizarla sin tener en cuenta que durante muchos años nuestro historiador sólo pudo dedicarle los momentos libres que le dejaba una función pública absorbente. Pero los dos sabían recoger fuerzas y llegar hasta el fondo de los temas que tocaban. Farinelli nos dice que a D. Marcelino "un simple estudio de un poeta se le ve alargando y alargando, hasta convertirse en la historia literaria de todo un pueblo"²⁵. Cristóbal de Losada ha contado cómo el último libro de Riva-Agüero surgió ante su requerimiento de un breve artículo revideril o de una sencilla reseña bibliográfica²⁶.

Inteligencias penetrantes y luminosas, hechas para el análisis pero también para las grandes síntesis plásticas, memorias privilegiadas, afán erudito incontenible e inexhausto, probos y valerosos, se parecían también en su aptitud filosófica. Filósofos en el sentido etimológico de amantes del saber no estaban desarmados para la especulación abstracta, pero luce más en ellos "su agilidad y presteza en penetrar el pensamiento ajeno, la límpida y aguda exposición de las doctrinas más variadas, la capacidad para remontarse de un golpe a las esferas intelectuales más excelsas; y una aspiración despierta y viva siempre, para lo trascendental, para lo eterno"²⁷.

²⁵ Arturo Farinelli, *La labor y la figura intelectual de Menéndez Pelayo*, en *Estudios sobre Menéndez Pelayo*..., p. 41.

²⁶ Cristóbal de Losada y Puja, *José de la Riva-Agüero*, en *Revista de la Universidad Católica*, T. XII, Nº 8-9, Lima, noviembre-diciembre de 1944, p. 284 y ss.

²⁷ Farinelli, ob. cit., p. 20.

Historia, tradición y patriotismo

Humanistas auténticos, enamorados del espíritu clásico, discurrieron con soltura por la filología y por la literatura. Pero fué la historia, con su entrañable sentido docente, el centro fundamental y constante de sus inquietudes intelectuales. El célebre discurso de D. Marcelino De la historia considerada como obra artística fué lectura predilecta de Riva-Agüero y enseñanza amorosamente aprovechada. Históricas o historiográficas —sin estrecheces ni atajos— son las obras principales de ambos escritores. En todas ellas surge el afán por aprender las diarias lecciones de lo concreto, finito e irreversible de la historia, pero también de su misterioso sentido trascendente. En sus obras principales, es constante el propósito de superar la avalancha tumultuosa y anárquica de los acontecimientos para desentrañarles su secreto o descubrir en su proceso líneas de continuidad o de progreso, saludables y oportunas reacciones.

Pero ¿cuál era la fuente de energía o el estímulo escondido de donde les brotaba esa pasión por la historia? Fue el patriotismo, arraigado y profundo, "su virtud sustantiva y cardinal"²⁸ "generador de toda alta y magnánima empresa"²⁹ el que nutrió sus vocaciones históricas; y, a su vez, fué la historia la que ahondó en ellos su tierno y vigoroso amor patrio.

El sentimiento patriótico no tenía para ellos parcelas ni recortes. D. Marcelino amaba a toda España, a pesar de sus profundas diferencias regionales, porque la historia española no le guardaba secretos. El hecho de haber estudiado en Barcelona, en Madrid y en Valladolid explica su especial afecto por esas ciudades, por Cataluña laboriosa y progresista y por Castilla, forjadora de la unidad, a la cual pertenecía su entrañable Montaña, Castilla que mira al mar... Pero el patriotismo es también el apego a la tierra y D. Marcelino sentía inmensamente el amor al terruño; la Montaña y su natal Santander ocupan lugar predilecto en sus afectos. A los escritores montañeses dedicó su primer trabajo; a su ciudad querida le dejó en herencia su valiosa biblioteca. Y durante sus años de catedrático en Madrid, académico, parlamentario y director de la Biblioteca Nacional, nada le fue más grato y ansiado que sus temporadas veraniegas en Santander, para recoger estímulos del paisaje de la infancia y de la tierra nutricia. Así de integrador fué el patriotismo

²⁸ Mario Alzamora Valdez, *El pensamiento de Riva-Agüero*, en *Mercurio Peruano*, N.º 353, Lima, diciembre de 1933, p. 880.

²⁹ Farinelli, ob. cit., p. 16.

de Riva-Agüero; su peruanismo auténtico y raigal fué el inspirador de sus afanes políticos, de sus estudios universitarios, de sus desvelos de viajero amoroso, de sus investigaciones históricas, de sus bravos combates ideológicos, de su solitario coloquio con los grandes penates del Perú³⁰. Conocía bien todo nuestro territorio y aunque no lo viajó íntegramente sabía con hondura de sus tradiciones, costumbres y glorias regionales. Su viaje a lomo de mula, en 1912, del Cuzco a Lima, por la sierra del centro, produjo ese libro incomparable que son los *Paisajes Peruanos*, canto el más alto a la tierra, a la historia y al hombre peruano. Pero sintió también, en forma especialísima, el apego a su ciudad natal. En *Añoranzas* y en diversos trabajos posteriores y anteriores escribió con ternura de Lima; la ciudad no tuvo más esforzado defensor de su historia y de su arte, de sus tradiciones y de su peculiar y típico encanto y llevó sus apegos de buen limeño a la conservación de esta bella casona de Lártiga, solariega de los Ramírez de Arellano, en cuya amorosa reconstrucción estaba empeñado cuando vino su muerte. Como una misteriosa coincidencia en este común sentimiento patriótico, regional y lugareño, Riva-Agüero procedía, como Menéndez Pelayo, de ilustres linajes montañoses; sobre ellos escribió con deleite en *El Perú histórico y artístico*, libro que hizo editar "con esplendidez muy suya"³¹ por la *Sociedad Menéndez Pelayo* de Santander de la que era miembro y cuya biblioteca había visitado en varias oportunidades en el curso de sus investigaciones históricas. En 1940 había pronunciado la conferencia inaugural en la *Universidad de Verano Menéndez Pelayo* de Santander. Y seguramente en la azareña pesquira ge-

³⁰ Tan importante es el patriotismo en Menéndez Pelayo y en Riva-Agüero que ninguno de sus biógrafos puede soslayar este ángulo de sus personalidades, que determina gran parte de sus obras. En el caso de D. Marceino hay interesantes puntos de vista sobre este aspecto en el capítulo V del libro de Lain Entralgo *Menéndez Pelayo*, (Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1952, Nº 1077 de la Col. Austral) y en los citados artículos de Fiorentino Pérez Embid y Arturo Farinelli. No existe aún una biografía completa de Riva-Agüero, pero cuantos han escrito sobre él —sin sectarismo o ceguera—, reconocen ese quilate rey de su espíritu; véanse, por ejemplo, los citados trabajos de Mario Alzamora, Pedro Benvenuto, Alberto Wagner de Reyna; el artículo de José A. de la Puente Candamo, *Riva-Agüero y nuestra época*, en *Mercurio Peruano* Nº 333, Lima, diciembre de 1954, los discursos necrológicos de V. A. Belaunde y de Raúl Porras, el sentido artículo de Jorge Bailey Lembcke *In aequo animo*, La Prensa, Lima, 30 de octubre de 1944, p. 5.

³¹ Enrique Sánchez Reyes, *Menéndez Pelayo y la Hispanidad. Epistolario...*, p. 257.

nealógica, que tanto le agradaba, habría podido hallar comunes abuelos con D. Marcelino.

El amor patrio movió a los dos escritores en sus primeras empresas intelectuales. Semejante propósito de reivindicación nacional anima las páginas de Menéndez Pelayo en *La Ciencia Española*: ¡había que exaltar con orgullo el aporte español a la ciencia universal, negado por ignaros iconoclastas!; y las de Riva-Agüero sobre el Inca Garcilaso y los historiadores peruanos en *La Historia en el Perú*: era preciso señalar en el mestizo renacentista el primer testimonio de la nacionalidad y en las hazañas narradas por los historiadores nuestros los motivos de un legítimo orgullo peruano, a la sazón postrado por la reciente derrota internacional!

Ese caudal de energías luminosas y constructoras, mana, pues, de la fuente del amor patrio. El españolismo de D. Marcelino, que en nada perjudicó su soberbia visión ecuménica, era, como el peruanismo de Riva-Agüero, un estímulo moral constante. Ambos creían en la misión regeneradora y restauradora de la historia. El epílogo de *La Historia en el Perú* y la conferencia sobre el valor formativo de la historia³² de Riva-Agüero, son páginas que admiten parangón con el epílogo de los *Heterodoxos* y tantas otras que han servido para la tan valiosa antología orgánica elaborada por Jorge Vigón³³. Ninguna época, ningún valor genuinamente español fue ajeno al saber enciclopédico de Menéndez Pelayo. Igual cosa pasó a Riva-Agüero, que en su amor por las cosas vernáculas exageró alguna vez las excelencias del terruño. Y falso sería insistir, por prejuicio o sectarismo, en superadas interpretaciones indigenistas o hispanistas de su obra; ahora, después de su *Elogio del Inca Garcilaso*, de sus lecciones sobre la *Civilización Peruana*; *Epoca prehispánica*, o de sus *Opúsculos* y sus *Paisajes Peruanos*, que son los más hermosos homenajes a la esencia mestiza del Perú, al valor de la civilización incaica, al alma y al paisaje de los pueblos aborígenes, a la misión vertebral de los elementos hispánicos y católicos, al valor simbólico del Cuzco. A los que aún siguen llamándolo españolista habría que recordárles esta página sobre el Cuzco, una de las más bellas de la literatura peruana de todos los tiempos: "En los días despejados, ante la hosca y ponderosa masa de la Catedral, descascarada a trechos, rojiza como si se hubiese embebido de sangre, la plaza inmensa, teatro de tantos su-

³² *Los estudios históricos y su valor formativo*, en *Revista de la Universidad Católica del Perú*, t. XIII, N.º 1, Lima, abril de 1945, p. (4)-20.

³³ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de España*, seleccionada en la obra del maestro por Jorge Vigón, 6.ª ed., (Madrid), 1950.

plicios ilustres, palpita todavía bajo el ridículo y burgués jardincillo moderno que la profana; y las bandas violentas de luces y de sombras en profundos recortes, diríase que expresan la angustiada alternativa de agobiadas resignaciones y frenéticas ansias. En los días tempestuosos, el viento, por las callejuelas grises y las casas destartaladas, clama y muge largamente como el espíritu de la desesperación. He sentido el maleficio de este ambiente alucinador y letal, comparable al de un regio sepulcro violado; y había horas en que la aflicción me invadía. No era la dulce tristeza que he gustado después junto a las ruinas romanas, o en la tortuosa Toledo y la torreada Avila; porque no provenía de la mera curiosidad artística, ni la inspiraba el tibio saludo de respeto a las lejanas influencias mentales, ni el homenaje enternecido pero rápido a la ascendencia carnal, ya tan remota y vaga; sino que la nutrían la acerba congoja y la preocupación íntima y rebosante por el destino de mi propio pueblo y por la suerte de mi patria, cuya alma original, mistión indígena y española, habita indestructible en la metrópoli de los Andes. El Cuzco es el corazón y el símbolo del Perú"³⁴. Mas, sea por ignorancia o pereza mental, malicia o estolidez, a pesar de esta página y tantas otras de *Paisajes Peruanos*, de sus estudios sobre el Inca, de los capítulos tan dulces de *El Perú histórico y artístico acerca del pueblo quechua*, de sus lecciones sobre el Imperio Incaico y de numerosos discursos en que exalta lo indígena como esencial en la peruanidad, siguen llamándolo **hispanista exclusivo**. A tamaña injusticia no podemos resignarnos, por más que comprobemos la fácil y peligrosa tendencia a respetar las fórmulas consagradas al margen de la verdad, los repetidos clisés, las elaboraciones míticas, por sobre la realidad objetiva y elocuente de los hechos. Por eso repetiremos siempre las citas de estas páginas de Riva-Agüero más incontestables que cualquiera exaltación de su peruanismo integral³⁵.

De esa visión regeneradora de la historia brotó en ambos, vigoroso y beligerante, su espíritu tradicional. Para ellos la tradición no era el apego frívolo a las "naderías muertas", sino la clara percepción

³⁴ *Paisajes Peruanos*, Lima, 1955, p. 10.

³⁵ Otra prueba evidente de su equilibrio dió cuando en 1938 la creación de una cátedra de Quechua en la Universidad de San Marcos produjo una polémica en que Pedro Benvenuto y Fernando Tola Mendoza respondieron a un artículo de Alberto Wagner de Reyna impugnando tal creación; Riva-Agüero era también partidario de la enseñanza del quechua, según se lo manifestó a Benvenuto, y censuraba las exageraciones hispanizantes.

de esa manera vital e inevitable en que el pasado pervive y actúa como cauce dinámico y no como lastre que fosiliza. Para ellos era una gran verdad el adagio de D'Ors, "donde termina la tradición comienza el plagio"; y con igual vehemencia, casi fisiológica, rechazaban indignados lo facticio, lo advenedizo y lo esnobista. La memoria —condición determinante de la historicidad— les servía a sus conciencias alerta y rápidas para detectar las peligrosas desviaciones. La misma indignación lapidaria de D. Marcelino para con los obstrusos krausistas españoles, tuvo más tarde Riva-Agüero contra los seguidores de las prédicas radicales de González Prada y más de una vez se quejó de que éramos un pueblo sin memoria; "el que no recuerda —decía— se degrada de la condición humana, porque no aprecia, ni comprende, ni siente, ni prevé". D. Marcelino afirmaba que los pueblos que renunciaban a su tradición caían en "una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil". Y refiriéndose a Riva-Agüero, José Vasconcelos declara: "hablando con él, me di cuenta del valor de la tradición en el destino de los pueblos"³⁶. La historia y la tradición, el pasado con sus sombras protectoras y sus derroteros luminosos, el presente con sus insoslayables requerimientos, el futuro con sus tiernas ilusiones, todo se unía en estas almas grandes. Vale para los dos lo que Lain Entralgo dice de Menéndez Pelayo: "Historiador por segunda y casi primera naturaleza"³⁷; lo que Eugenio Montes afirma de Riva-Agüero: "era historia viva, orgánica, hecha alma, carne, savia continua"³⁸.

Tal posición tradicional determinó en ambos otras varias actitudes. Su semejante apego, por ejemplo, a las Academias y su entusiasmo y devoción por la tarea que ellas tienen de conservar piadosamente los excelencias del pasado. Y a ellas se entregaron los dos. D. Marcelino perteneció a las más importantes corporaciones académicas de España que alguna vez le trajeron sincabores. Deseó la dirección de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y no la consiguió. Quiso también ser Director de la Real Academia de la Lengua y le ganó el puesto su amigo de otros tiempos, Alejandro Pidal. Pudo al fin ser Director de la Academia de la Historia y a este éxito tardío se refiere con alguna intención Riva-Agüero en su segunda carta. Por encargo de la Academia de la Lengua escribió, con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, la *Antología de poetas Hispano-Americanos*. Asis-

³⁶ *Homenaje a Riva-Agüero* en *Mercurio Peruano*, Nº 213, Lima, diciembre de 1944, p. 539.

³⁷ *Menéndez Pelayo...*, p. 13.

³⁸ *Adiós a Riva-Agüero*, en *Mercurio Peruano*, Nº 213, p. 565.

tente cumplido a las sesiones de las Academias, D. Marcelino les profesó siempre especial cariño. Lo mismo podemos decir de nuestro Riva-Agüero. Fué correspondiente de varias academias españolas, ingresó pronto al Instituto Histórico del Perú que vino a ser entre nosotros como la Academia de la Historia. Don Ricardo Palma lo llamó, junto con los más altos valores de su generación, para formar parte en la restaurada Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, que el mismo Palma había fundado a fines del siglo pasado. En 1934 Riva-Agüero fué elegido Director de esa Academia y ocupó el cargo hasta su muerte. Su periodo fue en verdad de reflorecimiento para la institución. Organizó todos los años lucidas ceremonias el día de Cervantes y siempre que se conmemoraban los grandes centenarios o se efectuaban las incorporaciones de nuevos académicos. En todas esas ocasiones —día de Cervantes, centenario de Lope, de la fundación de Lima, de ingreso de Raúl Porras o del P. Rubén Vargas Ugarte— pronunció discursos magistrales que luego, con señoril largueza, hizo editar en cuidados folletos.

Magisterio

Hay otra curiosa semejanza de sus personalidades intelectuales. Maestros de verdad, en todas las ocasiones de la vida, no tuvieron, sin embargo, una pasión por el magisterio oral y directo de las clases universitarias, cuyo mecanismo rutinario les debía ser antipático. Es cierto que el encanto de las clases de D. Marcelino, en las que se transportaba al mundo de los poetas cuya obra explicaba, hacía que sus devotos alumnos se ingeniaran, con la complicidad de los bedeles, para romper todos los horarios y proseguir en las amenísimas y profundas lecciones hasta que la tarde caía y el aula quedaba en la penumbra. Es cierto, también, que en las contadas ocasiones en que Riva-Agüero dictó lecciones en San Marcos en 1919 y en la Universidad Católica en 1937 "atrajo un público excepcional que rebasaba el salón de clases y atestaba las puertas y las ventanas de éste y los corredores del claustro"³⁹ y que por la afluencia de un auditorio muy heterogéneo se convirtieron sus clases en conferencias multitudinarias. Pero también es verdad que D. Marcelino, en 1898, a los veinte años de haber ganado su cátedra universitaria en sensacionales oposiciones, prefirió dejarla para ocupar

³⁹ Raúl Porras Barrenechea, *Fuentes Históricas Peruanas*, Lima, Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva Editores, 1954, p. 176.

la Dirección de la Biblioteca Nacional de Madrid, menestar que mejor se conciliaba con su pasión dominante por leer y escribir. Y Riva-Agüero, que había sido maestro de sus propios profesores, que tenía condiciones incomparables de expositor ameno y correctísimo, prefirió también, siempre, el diálogo informal y más íntimo, la conferencia y la disertación esporádica, el cursillo breve o el sitial severo en el jurado de los grados doctorales, que no las clases regulares, con sus programas, sus exámenes y sus exigencias disciplinarias y administrativas. Y en 1931, en la San Marcos "reformada" de Encinas rechazó altivo, en generosa solidaridad con Belaunde, la cátedra que los alumnos le ofrecían, por considerar que eso era sometimiento a la dictadura de los mediocres que entonces se agitaban trás los falsos *slogans* de la reforma de Córdoba⁴⁰. Pero en los últimos años de su vida sintió la exigencia de un más íntimo contacto con la juventud estudiosa, limpia en sus auténticos entusiasmos, que siempre la hay, y su muerte le impidió ahondar su amistad con las nuevas promociones de la Universidad Católica, como era su deseo.

Antigüedad, latinidad, hispanidad

Por sobre estas características anímicas, estas parejas circunstancias vitales, y ese parecido talante, la semejanza entre estos hombres tiene también asidero en sus más caras concepciones intelectuales y culturales. A fuer de verdaderos humanistas —que a nuestro Riva-Agüero algunos exigentes críticos no le han querido perdonar— llegaron al mundo clásico y abrevaron en él elegancia y amplitud de visión, sensibilidad poética y amor por lo grande y majestuoso. Sentían que la cultura occidental, de la que sus patrias y ellos mismos eran parte, hundía sus raíces más ricas en el mundo greco-latino, en cuyos modelos literarios y estéticos supieron extasiarse en viajes y lecturas. D. Marcelino dedicó a las huellas clásicas en su cultura patria, libros monumentales; allí están su **Bibliografía hispano-latina-clásica**, su **Horacio en España**, sus traducciones de Cicerón y de los trágicos griegos. Riva-Agüero, por obvias razones, no produjo una obra que pueda asociarse a esos libros pero es muy revelador que uno de sus primeros trabajos como estudiante de la Facultad de Letras, cuando sólo tenía 17 años, sea un ensayo en que, siguiendo a Nietzsche, trató del **Significado social de la tragedia griega**⁴¹. Y parecido periplo —en otras proporciones, desde luego— al que reali-

⁴⁰ *Cuestión Universitaria*, en *Opúsculos*, t. 1, p. 237-238.

⁴¹ Este ensayo primerizo se publicó en *Documenta 1*, 1, Lima, 1948, p. (301)-316.

zó Menéndez Pelayo, en la gigantesca *Historia de la Ideas Estéticas*, desde la antigüedad clásica hasta el romanticismo francés, recorrió Riva-Agüero desde su ensayo estudiantil hasta su último libro sobre la literatura francesa.

Ambos extendieron ese amor clásico hasta los retoños cristianos del mundo greco-latino: Italia, Francia, España, Portugal. Esos países, después del propio, ocupan lugar preferente en la obra de ellos. La claridad latina, frente a la niebla germánica, que como prejuicio estético le achacaban a Menéndez Pelayo, fue posición en cierto modo compartida por Riva-Agüero. Al iniciar sus *Estudios sobre la literatura francesa* dice: "Para nosotros los ibero-americanos, dentro de las culturas verdaderamente afines (ya que la española y la lusitana debemos considerárlas sin duda alguna como propias), junto a la gran literatura italiana, ha de venir siempre, en la intimidad, el afecto y el provecho, la francesa, que reproduce siempre, por sus condiciones generales de ingenio y elegancia, los dotes de la helénica clásica..."⁴². Pero para desmentir el desdén por lo germánico y refrendar su auténtico universalismo, ahí están las páginas bellísimas de ambos sobre la figura de Goethe.

Como exigencia de su concepción histórica sentían sinceramente la latinidad. El mismo amor por la Antigüedad clásica cristianizada; la misma concepción de la Edad Media como una lucha entre las luces latinas contra las "hiperbóreas nieblas germánicas" hasta la plena irradiación del Renacimiento. La latinidad era para ellos nó una figura retórica e gaseosa sino una categoría cultural con vigencia, algo que significa, en nuestro descoyuntado y perplejo mundo occidental, la mejor herencia de la pasada cristiandad. Así lo sintió siempre Riva-Agüero, como lo revelan sus recuerdos de viaje por Francia e Italia, en cuyas ruinas y monumentos quería hallar siempre, por sobre las huellas clásicas, la impronta cristiana. Lo dice palmariamente, en una de sus páginas más fogosas: "Los de la América Española, por muy mezcladas que estén entre nosotros las razas, somos latinos, con tan legítimos títulos como los rumanos balcánicos... el latinismo es ante todo un concepto de confraternidad y de cultura... Y además de ser nosotros latinos por la civilización y el idioma, somos católicos, que es una redoblada y superior manera de latinidad"⁴³ y lo repite en su ardida voz de alarma ante **La destrucción de Roma** y en la invocación de los católicos peruanos, que él redactó, pidiendo la salvación de la ciudad eterna⁴⁴.

⁴² Lima, 1944, p. (5).

⁴³ *Opúsculos*, T. I, p. 78.

⁴⁴ *Mercurio Peruano*, N° 204, Lima, marzo de 1944, p. (181)-182, (190)-191.

Más adentrado aún en el espíritu de ambos, estaba el sentimiento de la hispanidad, más íntimo y cercano, más patriótico y católico, con mayores posibilidades de realizaciones concretas. D. Marcelino fue en esta materia un adelantado y un precursor. Guillermo Lohmann Villena ha analizado en un libro reciente⁴⁵, con profusión y precisión de citas y de textos, la postura hispanoamericana de Menéndez Pelayo, lo que él significa para la hispanidad como vocación y como destino, su cabal manera de entender el imperio español y con él a sus provincias españolas de otrora, los vínculos raigales y permanentes del mundo hispanoamericano, su revaloración de todos los elementos aglutinantes que yacían dispersos y olvidados, la este'ra luminosa y profunda que deja su obra en América, a tal punto que sólo con sus libros consigue detener la riada anti-hispánica de los Sarmiento y los Lastarria, los González Prada y los Montalvo. Liberales, radicales y positivistas se detuvieron ante la obra gigantesca de D. Marcelino y después de ella surgió, claro, un nuevo movimiento de revaloración de lo hispánico al cual se enfrentó, en tiempos más recientes, el marxismo en todos sus matices. Bastaría para probar esta acción perdurable, su *Antología de Poetas hispano-americanos*, que era una de sus obras predilectas, y su nutrido epistolario con los escritores de América. Si el tema de la hispanidad puede sobrevivir a una carga asfixiante de retórica, ahí están las páginas de Menéndez Pelayo para darle nervio y levadura. Riva-Agüero también vio esta posibilidad con ilusión, sobre todo en sus últimos años, cuando él mismo encabezó en la vida peruana un movimiento hispánico que pudo tener años después cauce institucional y que parece ahora malograrse; cuando recibió alborozado a las delegaciones españolas para el centenario de Pizarro y dijo entonces su fe limpia y esperanzada en esa unidad que podía depararnos momentos de gloriosa grandeza. Años antes, en 1939, había escrito con su rotundidad característica: "Hoy tenemos, no ya sólo la posibilidad racional sino la probabilidad más fundada de continuar la interrumpida y magna obra de nuestros comunes antecesores, de reconstruir el Imperio espiritual y moral que, respetando nuestra intangible soberanía política, nuestras independencias estatales respectivas, realice la unidad suprema de cultura y sentimientos, la hispanidad, no por federativa menos eficaz y poderosa, fuera de la cual no hay sino apostasia vitanda de nuestra casta, pequeñez y ruindad, politiquería baja y aldeana, y al cabo disolución y muerte. Convencidos de tan radicales verdades, no podemos desperdiciar esta ocasión milagrosa, ni malograr

⁴⁵ *Menéndez Pelayo y la Hispanidad*, Madrid, Ediciones Rialp, 1957. Biblioteca del Pensamiento Actual, Nº 78. Este libro fue premiado en España con ocasión del primer centenario del nacimiento de D. Marcelino.

el mejor augurio de la historia" ⁴⁶. Y años más tarde, en una de sus últimas disertaciones, al hablar del valor formativo de la historia, repitió: "En convivencia con este patriotismo peruano, pero envolviéndolo como una atmósfera, está nuestro hispanoamericanismo, o sea la conservación de nuestra peculiar cultura hispánica" ⁴⁷.

La fe católica

Si el patriotismo de nuestros escritores inspiró su visión de la historia y ésta a su vez acrisoló su amor propio, para explicar todos sus afanes intelectuales y vitales debemos penetrar hasta ese núcleo fundamental de inspiración, hasta ese centro de gravedad, hasta ese foco radiante y unificador de luces y de esfuerzos que fué para ambos su catolicismo; su catolicismo beligerante y apostólico. D. Marcelino dice: "Soy católico, ni nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres, como mis abuelos, como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia en cualquier forma que se presenten ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso..." ⁴⁸. La misma seguridad y orgullo de su fe tuvo Riva-Agüero cuando retornó al catolicismo y abjuró públicamente de sus errores y desviaciones juveniles, de sus lecturas y tendencias heterodoxas, de sus posturas liberales y anticlericales, cuando proclamó que desearía borrar "aún con mi propia sangre" las páginas irreverentes que había escrito. Sus inteligencias, sus sabidurías, sus talentos múltiples, sus situaciones académicas y políticas, todo lo pusieron incondicionalmente al servicio de su

⁴⁶ Este texto fue hallado por Armando Nieto V., dentro de un libro del Conde de Romanones, en la biblioteca de Riva-Agüero. Es un manuscrito en un papel de carta con el membrete del Hotel María Cristina de San Sebastián y por las referencias al triunfo de los nacionales en la guerra civil española puede colegirse que se trata de 1939 o 1940, en que D. José se hallaba en España. Cfr. *Documenta*, III, 1, Lima, 1951-1955, Bio-bibliografía de Riva-Agüero, ficha Nº 2137, p. 189. Tal vez sirvió este apunte para el discurso que por entonces pronunció en la Universidad de Verano Menéndez Pelayo de Santander.

⁴⁷ *Los estudios históricos y su valor formativo*, en *Revista de la Universidad Católica del Perú*, T. XIII, Nº 1, Lima, abril de 1945, p. 18.

⁴⁸ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de España*, selección de Jorge Vigón, Madrid, 1950, p. XII.

causa. Su humanismo cristiano, su firme creencia en el "saber de salvación" y no en la aséptica actitud científicista, los hizo denodados impugnadores del error, "intransigentes para las ideas, comprensivos para las personas". Los lapidarios ataques de Menéndez Pelayo a los trasnochados krausistas españoles, el espíritu que lo anima en la empresa de los *Heterodoxos*, las precisiones amistosas en su epistolario con gentes que no comparten sus creencias, todo se explica por su afán de claridad ideológica, por su defensa de la unidad católica de España. Y Riva-Agüero, con ese fervor de todo auténtico converso, nunca desperdió ocasiones para referirse a los problemas religiosos del país, para exaltar el factor católico como esencial en la peruanidad, para elogiar la obra civilizadora de la Iglesia en el Perú. Incluso puede afirmarse que su tajante afán definidor, por su más continuada brega política y su más señalado liderazgo católico en el medio peruano, tuvo una reiteración mayor que en D. Marcelino, absorto en sus predilectas investigaciones estéticas. Una prueba de esta constante preocupación son sus *Opúsculos* —que no por capricho tituló "Por la Verdad, la Tradición y la Patria"—. Esos *Opúsculos* que Pedro Benvenuto llama la *summa doctrinalis* de Riva-Agüero y de los que puede extraerse, diáfano y esclarecedor, su ideario fundamental. Su *oración del Perú*, que así solemos llamar a la invocación final de su discurso en el Congreso Eucarístico de Lima del año 1925, es un texto de valor extraordinario, revelador no sólo de su orgullo católico sino de la ternura y delicadeza de sus sentimientos religiosos. Riva-Agüero en los últimos años de su vida quiso con indesmayable consecuencia —como Menéndez Pelayo— *instaurare omnia in Christo*.

Tan sincera religiosidad, tan briosa y bravia militancia de pensamiento, no los llevó a fanáticos sectarismos ni a intemperancias personales. Sus corazones magnánimos sabían captar y prodigar afectos y apreciar los valores de las gentes al margen de sus ideologías. Sabían vivir la amistad verdadera que se estimula y se acendra no sólo en las coincidencias sino también en los nobles y limpios contrastes. Ejemplar fué la conducta amistosa de D. Marcelino, la relación intelectual con gentes que no pensaban como él, tales los casos de Valera, Clarín, Morel Fatio, Foulche-Delbosc, nuestro mismo Ricardo Palma que tanto lo admiraba y quería; actitud que se revela en su quehacer cotidiano de epistológrafo incansable. Y así también Riva-Agüero, que sabía respetar y admirar al noble contendor y entregarse en la amistad sin reservas;

⁴⁹ Así le dedica Riva-Agüero a José Gálvez el segundo tomo de sus *Opúsculos*. Las dedicatorias escritas por Riva-Agüero se publicarán en el N° IV de *Documenta*, dentro del plan integral de la Bio-bibliografía del historiador.

ahí está el ejemplo del afecto fraternal por José Gálvez "mi izquierdizante amigo", "mi amigo predilecto y ejemplar, por encima de todas las divergencias ideológicas"⁴⁹, por quien su cariño no sufrió mengua cuando en la madurez se distanciaron tanto en el pensamiento; y muchos otros testimonios podrán obtenerse cuando se publique su nutrido epistolario. Mas tal actitud amistosa no lo arrastró nunca a la complicidad doctrinaria con el disidente y con el desviado. Fue constante y paladino su coraje para llamar a las cosas por su nombre, para definir actitudes y posiciones, para anatematizar incluso, cuando hiciera falta; tuvieron la incómoda virtud de no callar ante el error, la mentira o la farsa, "sin abatir jamás banderas al plebeyismo demagógico ni a la frívola bajeza"⁵⁰.

Perfiles distintivos

Semejantes posiciones ante la cultura y la sociedad, pareja visión del pasado y similar ensoñación de los tiempos venideros; análogas aptitudes intelectuales y rasgos psicológicos, parecidas vibraciones sentimentales y religiosas se expresaron, por añadidura, en un semejante magnífico estilo, "que en fin de cuentas es el hábito del alma". La misma clásica dignidad, la misma riqueza y propiedad en la adjetivación plástica y musical, el mismo acierto en la selección de figuras y metáforas, la misma grandeza sinfónica, el mismo ritmo poderoso y vibrante. Sus páginas tienen todas, por misterioso designio, una rotundidad lapidaria, una solemnidad oratoria, una majestad casi litúrgica y al propio tiempo una elegancia, una sencillez y una grave vibración que les confieren un encanto y un atractivo realmente perdurables.

No comportan, desde luego, todas las similitudes anotadas y subrayadas, identidad, calco o remedo, ausencia de matices personales y estilísticos, diferencia de circunstancias vitales, de rasgos psicológicos, de gustos y tendencias, plena igualdad de talante. Hijo único de familia afortunada y muy principal de Lima, Riva-Agüero, que gustó de usar en Europa su título de Marqués de Montealegre de Aulestia, gozó pronto de amplitud, de viajes, de ese gran mundo social en que lucía su arrogancia y su aplomo de gran señor. D. Marcelino perteneció a una familia hidalga pero no titulada de Santander, compartió con varios hermanos los bienes del hogar de "dorada medianía" y vivió siempre consagrado a sus estudios

⁵⁰ *Opúsculos*, T. 1, p. 381.

sin tregua ni pausa, retraído más bien para la vida social, que no le seducía. Fueron los dos, en cierto modo, autodidactas; pero Riva-Agüero lo fue más, porque D. Pablo Patrón, a quien él reconocía como maestro y a quien dedicó su tesis doctoral, no significó en su vida ni la orientación estética ni el estímulo doctrinario que para D. Marcelino fueron Milá y Fontanals y Laverde. A ninguno de los dos les secó la erudición su fuerte sensibilidad, pero la expresaron en formas distintas: D. Marcelino en sus traducciones de los poetas clásicos y en versos de su propia cosecha; Riva-Agüero guardó, muy recatado sus ejercicios, juveniles de poeta —se habla de una descripción suya de Chorrillos, en verso— pero lució magnífica la fuerza y la sugestión para lo descriptivo en las páginas de los *Paisajes*, de más alta poesía que los versos de tantos sedicentes poetas de su tiempo. En el estilo, siendo ambos de inspiración clásica, se nota en el de Riva-Agüero una mayor amplitud de períodos, de más largas cadencias y más torrentosa carga vocabular. La obra de Menéndez Pelayo es tan vasta que sus cien tomos parecen la obra de toda una generación y no el trabajo prolífico e indismayable de un solo hombre. Riva-Agüero pudo en cambio cuidar prolijamente su prosa, que castigaba con incansable rigor, evitando —como le aconsejaba a su amigo José Gálvez— las similitudines, las repeticiones, los duros períodos, los barbarismos⁵⁰. Otra clara diferencia, en parte ya anotada, estriba en la fuerza distinta con que incide en sus vidas la política: D. Marcelino, un tanto anacorético, hombre más de gabinete que de tribuna, cumple con intervenir en la política por estricto sentido de responsabilidad; a Riva-Agüero lo atraían más los cantos de sirena de la política, muy fuertes tradiciones familiares, su vehemente, fogoso ardor, y hasta su ilusión de fundador de partido. En el trabajo intelectual, y tal vez debido a la anterior circunstancia, Menéndez Pelayo fue más constante y metódico, fiel cumplidor *del nulla dies sine linea*. Riva-Agüero, más complaciente con los requerimientos que diversificaban su tarea, fue, al tiempo que escritor, *leader* universitario, viajero autodesterrado, Alcalde de su ciudad, Ministro, director de diversas corporaciones, auspiciador y ejecutor de empresas las más variadas en el campo de la cultura. En su temperamento —ambos claros y combativos, generosos y hasta tiernos y delicados—, la ironía de Riva-Agüero fué más caústica y en veces hasta cruel y su pasión más encendida y tronante; su ánimo compasivo, de tan criollísima estirpe, era

⁵⁰ Las tesis de Riva-Agüero sobre la corrección idiomática están expuestas en su carta a Angélica Palma (*Opúsculos*, t. I, p. 435) y en el cap. XII de *Estudios sobre Literatura Francesa* (pp. 153-162). El artículo de Luis Jaime Cisneros *Sobre las ideas lingüísticas de Riva-Agüero* (*Mercurio Peruano*, N° 333, pp. 947-950, se contrae a criticar los puntos de vista de Riva-Agüero sobre el quechuismo del Perú prehispánico.

distinto de la reciedumbre puramente montañesa de D. Marcelino. Dedicada la vida de Menéndez Pelayo a la ciclópea construcción de sus libros, su ingerencia en los combates de su tiempo fué más episódica que la de Riva-Agüero, sus adversarios menos injustos que con éste, ya en vida víctima de ataques y ma'querencias, caricaturas e infundios canallescos, producto, sin duda de su incansable pugnacidad ideológica, de su meridiana claridad. Ciudadanos los dos de la república universal de las letras, la vida de D. Marcelino tuvo menos contrastes y contrarios, discurrió más plácida y recogida que la de Riva-Agüero; y tal diferencia aflora, desde luego, en sus obras: inmensa y serenísima la del primero, semeja un imponente monumento clásico; menos amplia y más interrumpida, pero apretada y densa, la del segundo parece más bien un ardido, sapiente, inconfutable alegato tribunicio.

Significación cultural

Por estas y tantas otras razones ni D. Marcelino Menéndez Pelayo podía ser en todo el mundo hispánico solamente el maestro indiscutido de la crítica histórica y literaria, ni José de la Riva-Agüero, en el Perú, tan solo el renovador de nuestra historiografía. Su extraordinario concierto de virtualidades y excelencias tenía que hacer de ellos, cada uno en su ambiente, figuras paradigmáticas, verdaderos símbolos. Y Menéndez Pelayo se ha convertido a través de los últimos sesenta años de la vida española, en piedra de toque, santo y seña, bandera de combate. Su pensamiento ha cumplido entre los españoles una clarísima función catalizadora. Hoy puede decirse que D. Marcelino es, explícita o implícitamente, el centro del debate doctrinario en España. Libros como los de Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez Embid o Jorge Vigón, y multitud de ensayos largos y breves, artículos de revistas y periódicos, tiene como razón de ser la diferente manera de interpretar a Menéndez Pelayo y de valorar su actualidad y su vigencia españolas. Frente a Riva-Agüero el debate o la polémica se ha centrado más en sus juicios históricos y literarios sobre épocas y figuras concretas; no difundido suficientemente su ideario —inmerso en discursos o estudios eruditos— no entregadas al gran público sus páginas fundamentales —ya que fueron muy cortas las ediciones de sus libros—, el diálogo sobre la significación de su personalidad no ha trascendido aún los círculos intelectuales. Pero no puede negarse, a pesar de las limitaciones señaladas, que la figura y la obra de Riva-Agüero ejercen en la vida peruana similar función esclarecedora, parecida ocasión de

contrastes doctrinarios⁵¹. Todas las generaciones peruanas de este siglo han dicho ya sus palabras sobre Riva-Agüero; ahí están, para trazar la "historia de su fama", los juicios de Ricardo Palma, Francisco y Ventura Garcóa Calderón, V. A. Belaunde, José Gálvez, José Carlos Mariátegui, Jorge Basadre, Raúl Porras, Guillermo Hoyos Osores, Pedro M. Benvenuto, Alberto Wagner de Reyna, José Agustín de la Puente Candamo, Honorio De'gado, Luis Felipe Alarco, Mario Alzamora V., Luis Alberto Sánchez, Raúl Ferrero, Aurelio Miró-Quesada S., Luis Fabio Xammar, Cristóbal de Losada, Martín Adán, Carlos Miró-Quesada L., Luis Alayza P. S., Enrique Torres Llosa, Alberto Hidalgo, José Durand F., Rubén Vargas Ugarte, Luis Jaime Cisneros, Carlos Daniel Valcárcel, Julio C. Villegas, Enrique Barboza, Jorge Villarán, Fco. Belaunde Terry, Antonio Pinilla, Gabriel Martínez del Solar, Luis Felipe Gálvez, Armando Nieto V., Ernesto Alayza, Julio Vargas Prada, Federico More, José Jiménez Borja, Enrique Chirinos S., Alberto Guillén, Sebastián Salazar Bondy, por citar sólo algunos autores peruanos cuyos juicios son más definitivos⁵². Y estas corrientes de opinión serán más intensas y profunda a medida que se estudie y analice su obra —en parte inédita— y se difunda su luminoso pensamiento.

Menéndez Pelayo y Riva-Agüero, cada uno en su distinta dimensión y en su señero perfil, tienen, pues, múltiples ingredientes anímicos y morales comunes. Almas hermosas y parejas, verdaderos arquetipos de la magnanimidad aristotélica, tuvieron en vida paralelos destinos, y dejan, llena de inmensas posibilidades creadoras, una heredad vivificada por el mismo hontanar.

El breve epistolario

Estimulado por tantas afinidades, y como presentida la común significación, el entusiasmo por la figura del gran escritor español, que era

⁵¹ Ya en vida Riva-Agüero era motivo de precisiones ideológicas. A las pocas semanas de su muerte, un artículo de Jorge Basadre (*Riva-Agüero*, en *Historia*, N.º 8, Lima, octubre-diciembre de 1944, p. 479-455) en que se planteaban algunas discutibles contradicciones y conflictos internos en la vida y en la obra de Riva-Agüero, dió lugar a una breve polémica en la que intervinieron Enrique Barboza, José Agustín de la Puente C., Julio C. Villegas y Hernán Busse de la Guerra, entre otros.

⁵² *Documenta*, III, 1, publica la parte de la bio-bibliografía de Riva-Agüero, dedicada a dos "textos críticos" sobre el autor: opiniones, comentarios, valoraciones de su obra, juicios elogiosos y contrarios, vertidos desde 1904 hasta 1953, diez años después de su muerte. En esa bibliografía puede seguirse muy bien el proceso de la fama de Riva-Agüero, las líneas de su influjo, las constantes valorativas, etc.

entonces el maestro indiscutido de todo el mundo hispánico, tenía que darse en Riva-Agüero fervoroso y enterizo. Y así fue en efecto. Quien repase el epistolario de D. Marcelino con los escritores hispano-americanos no encontrará testimonios más claros y definitorios de admiración, de afecto y de reconocimiento de filiación intelectual, que los del peruano Riva-Agüero.

D. José bebió en Menéndez Pelayo los primeros antidotos contra las tendencias radicales que imperaban en las aulas universitarias de su tiempo. El mismo declara que su tradición hispanófila fue "robustecida con la lectura de los substanciosos tomos de Menéndez Pelayo que había aprendido desde el Colegio de la Recoleta, por recomendación y préstamo de Francisco García Calderón"⁵⁴. En su primera carta a D. Marcelino, en 1905, Riva-Agüero le dice: "he leído mucho sus libros". Los adquiría apenas llegaban a Lima, los empastaba primorosamente, los leía con avidez, los releía haciendo en ellos simpáticas anotaciones marginales, a lápiz⁵⁵. En la elaboración de sus primeras tesis universitarias se sirvió

⁵⁴ Reportaje de Alfonso Tealdo en *Turismo*...

⁵⁵ Hemos revisado algunos de los tomos de D. Marcelino que contienen anotaciones marginales de Riva-Agüero. En la mayoría de ellas D. José da rienda suelta a sus aficiones genealógicas, a su tan profundo espíritu familiar, a su orgullo peruano. Su ejemplar de la *Antología de Poetas Hispano-Americanos* (Madrid, 1894), en el T. III, en que está el prólogo peruano, presenta breves apuntes manuscritos suyos. Así, por ejemplo, cuando Menéndez Pelayo habla del licenciado Hernando de Santillán (p. CLIII), Riva-Agüero añade: "Mi abuelo por Agüero". Todas las referencias negativas al valor histórico del Inca Garcilaso aparecen en el ejemplar de Riva-Agüero con gruesas cruces y enérgicos subrayados; y al decir D. Marcelino que para nuestro Garcilaso fué el Imperio de los Incas "regido por riendas de seda", Riva-Agüero señala la clara alusión al *Canto a Junin* de Olmedo. En las citas de *El Marañón* de Diego de Aguilar aparece Juan de Avalos de Ribera; al margen Riva-Agüero añade: "mi tío tres veces"; y al lado de Sancho de Ribera: "mi ascendiente doble". Más adelante D. Marcelino se refiere a ciertos personajes alabados en la *Miscelánea Austral* y cita entre ellos a un Diego de Carvajal, que puede ser, dice Menéndez Pelayo, "el Diego de Sarmiento y Carvajal elogiado por Cervantes" (p. CLXVIII) y Riva-Agüero, implacable, dice: "no tal; era mi tío Carvajal Vargas y Davalos de Ribera, apodado Pompilla".

En su ejemplar de la edición de 1913 de la *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, Riva-Agüero hizo también algunos apuntes. Cuando D. Marcelino habla de Rodrigo de Carvajal y Robles, el autor de las *Fiestas de Lima*, con motivo del nacimiento del príncipe Don Baltasar Carlos, Riva-Agüero dice: "Este Carvajal es mi tío, por la consanguinidad, y creo que hermandad con mi abuela Doña Leonor de Carbajal, la que casó con Hernán Carrillo de Córdoba y Valenzuela. El hijo de estos fué versificador satírico y dramático" (p. 180).

ampliamente de la *Historia de las Ideas Estéticas* y de la *Antología de los Poetas Hispano-Americanos*. Apenas editada su primera tesis sobre la literatura peruana del siglo XIX, de tan sorprendente madurez y que tan encomiásticos juicios provocó en Unamuno, se apresura a enviársela a D. Marcelino, lleno de un casi tímido respeto: "Si un estudiante del otro lado de los mares se atreve a enviar á Ud. una modesta tesis universitaria, es porque conoce cuánta atención presta Ud. á todas las producciones intelectuales de nuestra común raza, aun de las menores; y porque sabe también que la maravillosa actividad de Ud. ha acertado á hallar tiempo y modo de enterarse de todas las publicaciones, hasta de las más oscuras y olvidadas".

No solamente devota admiración expresa esta primera carta: "hay además en el presente caso una razón especial, que es de gratitud y de honradez literaria: "Mi ensayo sobre la literatura del Perú Independiente está inspirado en lo que sobre esta literatura dice Ud. en la Introducción del tomo tercero de la *Antología de poetas hispano-americanos*". Y añade, sin duda llevando a extremos exagerados su probidad intelectual: "Mis primeras cien páginas no vienen a ser sino ia paráfrasis de juicios y pensamientos de Ud. Al presentárselas no hago más que restituirlas a su verdadero dueño". En el párrafo siguiente, precisa aún más de la influencia: "...en varios pasajes del folleto, advertirá Ud. la huella de sus ideas y hasta de sus propias palabras. Las que dedico al movimiento romántico, en el principio del capítulo IV, son como un eco de las que Ud. expone en el último tomo de la *Historia de las Ideas Estéticas*, capítulo III, sobre el romanticismo francés".

Menéndez Pelayo se lamenta que el momento de mayor paz, abundancia y prosperidad del Virreinato peruano coincidiera con la "época más fatal de nuestra decadencia literaria" y señala la presencia en Lima de una serie de "oscuros poeatastros" como Juan Antonio Dávila y José Castro Isagaga. Riva-Agüero subraya tan despectivo epíteto, corrige los nombres de sus dos parientes: Juan Sancho Dávila y José Antonio Isázaga, y añade al margen, lesionado en su espíritu familiar: "¡gracias!" (p. 188).

Cuando en el capítulo dedicado a Bolivia Menéndez Pelayo habla de un Sancho de Ribera "poeta arequípeño", Riva-Agüero corrige: "limeño" (p. 271). En el prólogo de la parte chilena D. Marcelino atribuye a Camilo Henríquez un poema titulado *Exhortación al estudio de las Ciencias* que se publicó en nuestro *Mercurio Peruano* con el seudónimo de *Cefalio*; al margen Riva-Agüero pone, vigilante de las glorias peruanas: "Ojo, Cefalio era mi tío Vistaflovida", refiriéndose al limeño José Baquijano y Carrillo (p. 344). En el capítulo de la Argentina, Menéndez Pelayo trata muy duramente a un tal Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave; Riva-Agüero añade lleno de graciosa cautela: "nada tiene que hacer con mis González de Agüero" (p. 395).

Pero evidentemente el influjo de Menéndez Pelayo, con ser tan fuerte, no significó una copia servil o una renuncia a los propios puntos de vista, a su gallarda independencia e incluso a su temprana originalidad de crítico. Riva-Agüero le dice respetuosa y dignamente a su maestro: "Algunas de las conclusiones a las que llego, son radicalmente contrarias á las doctrinas que Ud. siempre ha defendido; pero desde hace muchos años he aprendido á admirar la noble serenidad con que Ud. aprecia todos los principios, aun los que considera erróneos, cuando llevan el sello del convencimiento y de la buena fe".

Y las últimas frases de esta primera carta encierran la declaración más formal y más amplia de la filiación menendezpelayesca de Riva-Agüero: "Me considero feliz al poder expresar el agradecimiento que profeso al hombre que por medio de sus libros, ha sido mi maestro predilecto y el principal educador de mi espíritu. Perdone Ud., señor, la pequeñez y la pobreza de la ofrenda, por la veneración profunda con que la hago; y acepte este homenaje de su más ferviente admirador". Ninguno de los discípulos hispanoamericanos del gran montañés fue tan paladino y generoso en su adhesión intelectual; sólo alguna carta de Pedro Henríquez Ureña se acerca en entusiasmo a las de Riva-Agüero, pero no las sobrepasa ⁵⁶.

Aunque la respuesta de D. Marcelino no la conocemos, ella no se hizo esperar mucho. Por carta de D. Ricardo Palma ⁵⁷ sabemos que Riva-Agüero la recibió en Lima el 3 de marzo de 1906 y muy gratos le debieron ser sus términos porque llenaron de contento al joven universitario. D. Marcelino leyó la tesis del principante tan aventajado, la calificó en carta posterior de "notable" e incluso la utilizó con elogio en la nueva edición de los prólogos de su *Antología*, reunidos en 1911 en dos tomos, bajo el título de *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, una de las pocas de sus obras cuya revisión concluyó y cuya reedición alcanzó a ver.

⁵⁶ *Menéndez Pelayo y la Hispanidad. Epistolario...* p. 154.

⁵⁷ En carta a D. Marcelino, del 6 de marzo de 1906, D. Ricardo Palma le dice: "Supongo que habrá usted contestado o contestará con algunas palabras de aliento al inteligentísimo joven Riva-Agüero, muchacho de veinte años, y que en mi concepto, es un gran cerebro". En la posdata añade: "Escrita ya esta carta ha venido a visitarme Riva-Agüero, muy contento por la carta de usted que había recibido hace tres días" (*Epistolario de Ricardo Palma*, Lima, Editorial Cultura Antártica, 1949, T. I, p. 99 y 100). Por esta referencia podemos establecer, pues, que la carta de D. Marcelino debió ser escrita en torno a los comienzos del año.

Extraña que Riva-Agüero al recibir la primera respuesta de D. Marcelino, "amable y benévola", en un día que recuerda "como uno de los más felices de mi vida", no aprovechara esa tan buena acogida inicial para intensificar su relación epistolar con el maestro. ¿Acaso la elaboración de la tesis doctoral, las primeras inquietudes políticas, lecturas que en esos momentos lo desviaban del escritor católico? No podemos señalar con certidumbre las razones de ese silencio de seis años. Lo cierto es que sólo el 22 de enero de 1911 volvió a escribirle a D. Marcelino, y esta vez también con ocasión del envío de su nueva tesis, la doctoral. Ha pasado un lustro; tal vez han sido esos los años universitarios más decisivos en la orientación liberal y anticlerical de Riva-Agüero en su juventud. Sin embargo la admiración por su maestro santederino no ha disminuido un ápice. Los primeros párrafos de la segunda carta reiteran los antiguos sentimientos: "Hace seis años, cuando principiaba mi carrera universitaria, tuve el honor de enviar a Ud., como homenaje de mi admiración profunda y mi muy sincera y respetuosa simpatía, un ejemplar de mi memoria para el Bachillerato de Letras. Recibí en contestación una muy amable y benévola carta de Ud. Recuerdo el día en que me llegó como uno de los más felices de mi vida, no sólo por la natural satisfacción de amor propio en un principiante al recibir palabras de aliento de quien es suprema autoridad crítica en todos los países de lengua castellana, sino ante todo por la íntima y afectuosa admiración que profeso á quien como Ud. ha influido con sus libros profunda y decisivamente en mis ideas y mis estudios. Alentado por estas razones y por la afabilidad que la vez pasada me mostró Ud. me he permitido enviarle por el penúltimo correo un ejemplar del libro sobre los historiadores peruanos con que he optado el Doctorado en Letras".

Intacta la admiración afectuosa, no ha desaparecido tampoco el espíritu independiente de Riva-Agüero, y con gran sencillez y señorío, le dice refiriéndose al libro que le ha mandado: "En dos capítulos de él (los dedicados al Inca Garcilaso y Peralta) cito a menudo el ilustre nombre de Ud. como ha de hacerlo necesariamente todo el que trate de asuntos relacionados con la historia literaria española. En alguna ocasión me ha atrevido a apartarme de sus autorizadísimos juicios, al intentar rehabilitar un tanto el crédito histórico de los *Comentarios Reales* y de la *Historia de España vindicada*. Tal vez ha influido en mi inconscientemente al hacerlo, el regionalismo y el amor a las celebridades del terruño. Pero me parece que á la verdad (y confío en que Ud., como maestro indulgente, perdonará mi atrevimiento) extremó Ud. el rigor crítico con el cronista cuzqueño y con el pobre D. Pedro Peralta".

Riva-Agüero le reitera, con su invariable hidalguía, el testimonio del magisterio ejercido por Menéndez Pelayo en él, que tanto lo enorgullece: "Reciba Ud. mi tesis como tributo afectuoso del que puede gloriarse, con tanto derecho como el que más, con el título de discípulo de Ud., á pesar de la material distancia que de Ud. me ha separado, porque se ha educado y formado con sus libros; recíbala Ud. también, y muy principalmente, como expresión de la más viva y cordial simpatía".

Y en el último párrafo de su carta Riva-Agüero hace referencia a un acontecimiento académico que le era grato al maestro, sobre todo después de su fracaso al intentar presidir la Academia de la Lengua: "Gran gusto me causó la noticia de la elección de Ud. como presidente de la Academia de la Historia. Aunque debe Ud. estar fatigado ya de las pruebas de admiración y del rumoroso oleaje de alabanzas que le llegan del exterior, siempre es hermoso que al cabo aprenda España á honrar á sus grandes hombres". Y se suscribe otra vez como "su admirador fervoroso".

La respuesta de D. Marcelino tardó unos meses, pero no fué —ejemplar corresponsal como era— una demora injustificada. El 20 de septiembre de 1911, pocos meses antes de su muerte, desde su querida Santander le escribe: "Muy Sr. mío y de todo mi aprecio: Perdone Ud. que con tanto retraso conteste a su finísima carta que recibí hace meses, acompañada de un ejemplar de hermoso libro **La Historia en el Perú**. Deseaba leerlo a mis anchas durante las vacaciones del verano, y así lo he hecho con grandísima satisfacción mía, y ojalá con algún provecho".

D. Marcelino había leído, atentamente los dos libros de Riva-Agüero; el segundo, durante su final verano en Santander, y acaso **La Historia en el Perú** fué el último estudio americano que cayó en sus manos. Porque conocía bien los trabajos del discípulo limeño, puede dar un juicio de ellos, amplio y justiciero: "Felicitó a Ud. cordialmente por su obra, que señala un evidente progreso sobre su tesis, ya tan notable, acerca de la literatura peruana, y presenta un escritor ya enteramente formado, lleno de perspicacia crítica y de sano juicio. Hace tiempo que no ha llegado a mis manos libro alguno de historiografía americana tan bien compuesto como éste, y de tan amplio y generoso espíritu. Tanto como el juicio de los historiadores importa en él la contribución personal que su autor aporta a la historia del Perú, lo mismo en el oscuro periodo primitivo q. en los acontecimientos casi contemporáneos".

No se limita el corresponsal afectuoso a elogiar de un modo genérico los libros de nuestro historiador. Le hace referencia a los dos te-

mas precisos —el del Inca Garcilaso y el de Pedro de Peralta— en que el discípulo u'tramarino se había apartado respetuosamente del maestro. En su carta, con su probidad intelectual característica, reconoce Menéndez Pelayo que los libros de Riva-Agüero han variado, siquiera en parte, sus puntos de vista. Del Inca le dice: "La vindicación de Garcilaso está hecha con mucha habilidad, y en varios puntos es convincente. Yo exageraré sin duda, aunque no tanto como otros, la parte de imaginación que hay en los relatos de este delicioso cronista, pero quizá en el fondo no diferimos tanto como parece, puesto q. Ud. con su rectitud de siempre hace todas las salvedades oportunas. Garcilaso está pagando la pena del crédito ilimitado q. en otro tiempo se le concedía, pero ninguna reacción debe extremarse, y creo que Ud. se ha colocado en el punto de vista exacto". Los términos no pueden ser más significativos, y habrá que recordarlos con precisión más tarde, al examinar la nobilísima "rectificación" suya frente al Inca.

En el caso de Peralta, la cosa fue distinta: "Más difícil es defender a Peralta y Barnuevo —le dice—. Su libro, generalmente hablando, carece de crítica, no ya en la comparación con el P. Florez y otros grandes eruditos de la escuela del siglo XVIII, sino con otros anteriores a Peralta como Ferrarás y el Marqués de Mondéjar. Es cierto que hubo algunos aciertos parciales, pero no de gran novedad. La verdadera determinación geográfica hecha por Zurita es una disertación que publicó con otras suyas el arcediano Dormer. A esta disertación tuvo q. añadir muy poco el P. Florez y todavía menos D. Aureliano Fdz. Guerra, salvo algún pequeño error nacido de falta de conocimiento del país. La teoría del euscarismo o iberismo primitivo, aunq. patrocinada por los grandes nombres de Hervás y Guillermo de Humboldt, está cada día más abandonada, porq. las conjeturas lingüísticas en que se apoya, y todo lo q. sabemos de la Iberia primitiva induce a suponer en ella diversidad de razas y de lenguas, á lo cual concurre el testimonio de los geógrafos clásicos. De todos modos era corriente entre los escritores vascongados (Poza, Hervás, Larramendi...) antes q. Peralta la aceptase".

Y concluye D. Marcelino su carta reiterando a Riva-Agüero sus "plácemes más cordiales por tan excelente estudio" y "exhortándole a perseverar en otros análogos".

La seña de D. Marcelino en la obra de Riva-Agüero

La relación intelectual entre los dos escritores no se agota en los términos de estas tres cartas que hemos ido transcribiendo casi íntegramente. De la admiración, del cariño, de la orgullosa protesta del magis-

terio de Menéndez Pelayo, de la efectiva influencia de su obra, hay abundantes testimonios en los escritos de Riva-Agüero, posteriores a sus tesis universitarias en que las citas son tan frecuentes. En el *Elogio del Inca Garcilaso*, de 1916, llama a D. Marcelino "universal y supremo maestro de cuantos escudriñamos los anales de la literatura castellana"⁵⁸. Lo había citado también dos años antes, en 1914, en su estudio sobre Diego Mexía de Fernangil⁵⁹. En *El Perú histórico y artístico*, su libro santanderino de 1921, se refiere elogiosamente a él cuando trata de *Amarilis* y del *Ollantay*⁶⁰. Habla de él en su trabajo sobre *La Galatea*⁶¹ y en su discurso sobre el Tricentenario de Lope de Vega en que se refiere a "los gigantes prólogos de Menéndez Pelayo"⁶², ambos de 1935. Vuelve a citarlo elogiosamente en su estudio sobre *Los Precursores de Colón*⁶³, en su discurso en el Congreso Histórico de Barcelona⁶⁴, de 1930 y en su trabajo sobre *La Cristiada de Hojeda*⁶⁵, de 1936. Se refiere también a él en sus lecciones sobre la *Civilización Peruana. Epoca Prehispánica*⁶⁶, de 1937, y en su conferencia sobre *Los estudios históri-*

⁵⁸ *Opúsculos*, T. I, p. 39.

⁵⁹ *Revista Histórica*. T. XXI, Lima, 1954, p.

⁶⁰ *El Perú Histórico y Artístico. Influencia y Descendencia de los Montañeses en él*, Santander, 1921, pp. 41, 84, 87, 164, 180. Dice allí que D. Marcelino "con la benevolencia que siempre me profesó, me hizo el honor" de transcribir su nota sobre el *Ollantay* de su primera tesis universitaria. Refiriéndose al relativo reflorecimiento literario del Perú a fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII, dice: "Magistralmente lo ha descrito D. Marcelino Menéndez Pelayo". Acepta más adelante la posibilidad de que *Amarilis* sea María de Alvarado, como quiere D. Marcelino, pero apunta también, como nombres posibles los de María de la Serna, o Tello de Sotomayor o Arias Dávila. En las últimas páginas del libro, al trazar la influencia española y especialmente montañesa en las letras peruanas contemporáneas, dice: "D. Marcelino Menéndez Pelayo ha influido, aun más que en mí, en los primeros libros de Francisco García Calderón".

⁶¹ *Discursos Académicos*, Lima, 1935, p. 70. Señala allí algunas confusiones de D. Marcelino en punto a peruleros o a criollos del Perú, como en los casos de Sancho de Ribera y Diego Martínez de Ribera, Diego Sarmiento de Carbajal y el limeño Diego de Carbajal Vargas y Marroquín de Monte hermoso.

⁶² *Ibid.*, p. 109 (reitera aquí su coincidencia con D. Marcelino respecto al nombre de *Amarilis* y recoge velas respecto a otras posibilidades planteadas en *El Perú Histórico y Artístico*) y p. 131.

⁶³ *Opúsculos*, T. I, p. 111.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 153-154.

⁶⁵ *Opúsculos*, T. II, p. 468.

⁶⁶ La referencia es indirecta y repetida, al señalar el proceso de la crítica histórica frente al Inca.

cos y su valor formativo, de 1943⁶⁷. En fin, sería muy arduo pretender verificar ahora toda la huella de Menéndez Pelayo en la obra del historiador peruano. En una entrevista que le hizo Alfonso Tealdo en 1941, Riva-Agüero en una de sus últimas declaraciones con datos autobiográficos de gran valor, al preguntarle el periodista por el principal maestro de su época estudiantil, dice: "Cómo a los demás, me alborotaban y seducían los libros de Spencer y de Durkheim, de Le Bon y Guyau, y hasta de retóricos de grado ínfimo, como el justamente olvidado Pompeyo Gener, no obstante los más destacados horizontes que nos revelaba Deustua, y el antidoto a la larga decisivamente eficaz de mi tradición hispanófila, robustecida con la lectura de los substanciosos tomos de Menéndez Pelayo que había aprendido desde el Colegio de la Recoleta, por recomendación y préstamo de Francisco García Calderón. A ellos y al incompleto estudio de los del Cardenal González y de Balmes, y a varios discursos académicos y opúsculos de Cánovas, de Bello y de Miguel Antonio Caro, debí mis primeraos reparos salvadores, los atajos contra la marea de impiedad y extranjerismo mental que, a la vez que a casi a todos mis coetáneos, me sumergía en las seudo eclécticas y en en realidad incoherentes, abigarradas y me atreveré a decir cacofónicas aulas universitarias de mi primera juventud"⁶⁸. Y cuando el reportero le insiste en la pregunta por su principal maestro, Riva-Agüero responde: "Mi más principal maestro a la distancia, de crítica filosófica y literaria, fué sin duda Menéndez Pelayo; y por cierto que no me avergüenzo ni me arrepiento de ello. Cumbre dominante en el pensamiento español del siglo XIX, recuerdo con orgullo las dos alentadoras cartas que me escribió, inspiradas en indulgencia y simpatía casi regional porque conocía mi tradicional apellido montañés. Sus ideas capitales, con las del insigne y profético don Juan Vásquez de Mella, (quien me honró con su amistad personal en Madrid hace ya más de veinte años) han sido las póstumamente triunfadoras en la guerra civil española. El nacionalismo de derecha tiene en ambos su más perfecto ideario"⁶⁹.

En 1941, tres años antes de su muerte, Riva-Agüero declara que la lectura de Menéndez Pelayo y la de escritores como Balmes, Bello y Caro, que en mucho se parecen a D. Marcelino, resultaron a la postre

⁶⁷ Revista de la Universidad Católica del Perú, T. XIII, Nº 1, Lima, abril de 1945, p. 15. Dice allí: "Yo he sido uno de los apologistas y vindicadores de Garcilaso. Cuando Menéndez Pelayo calificaba en conjunto los Comentarios Reales como novela, reclamaba que allí había mucho aprovechable y tuve la satisfacción de que él mismo modificara su juicio..."

⁶⁸ Reportaje de Alfonso Tealdo en la revista *Turismo...*

⁶⁹ *Ibidem*.

los principales antidotos contra sus desviaciones radicales y el fundamento de su hispanofilia, que contribuyó eficazmente en el proceso de su retorno a lo tradicional y católico. En plena madurez se ratifica en sus afectos juveniles y afirma que es Menéndez Pelayo "su más principal maestro".

El tema del Inca Garcilaso

Pero esta admiración devota y perseverante de Riva-Agüero fue pronto correspondida por el maestro español, como lo hemos visto por su carta y lo veremos en uno de sus libros capitales. D. Marcelino había tratado en diversas ocasiones de algunas figuras literarias del Perú: del Inca Garcilaso se ocupa en los *Orígenes de la Novela*, en la *Historia de las Ideas Estéticas* en su *Discurso de las vicisitudes de la filosofía platónica en España* y en la *Antología*; en todos esos libros hay también referencias a Peralta, Hojeda y el Lunarejo; otro precoz limeño, don Pablo de Olavide, atrae también su atención en los *Heterodoxos* y en la citada *Antología*. El prólogo dedicado a la parte peruana, de esta última obra, es uno de los más cariñosos y extensos. Había escrito allí que el Perú era "la más opulenta y culta de las colonias españolas de la América del Sur"⁷⁰ y de los peruanos dice que son "entre todos los criollos, los hijos mimados de España, tan españoles en todo, hasta en sus flaquezas y defectos"⁷¹. Pero pensaba Menéndez Pelayo que la literatura peruana del siglo XIX —descontados los autores vivos cuando él escribe, a los cuales no quiere referirse— era inferior a la de siglos pasados y que la crisis política de los primeros decenios republicanos, que él estima decadencia, se había reflejado también en las letras. No es improbable que un amor propio peruano, entre otros móviles, llevara al joven Riva-Agüero a redactar su primera tesis tratando de afirmar esos valores decimonónicos. Entre todas las literaturas hispanoamericanas puede decirse que D. Marcelino había prestado una especial atención a la peruana, en el momento en que se enfrenta a los libros de Riva-Agüero. Los lee, los elogia y los utiliza en la medida en que lo estima conveniente.

El primer tema en que D. Marcelino refleja esta atención por las posiciones del joven crítico limeño es el del Inca Garcilaso. El hecho

⁷⁰ *Antología de Poetas Hispano-Americanos*, Madrid, 1894, T. III, p. CXLIX.

⁷¹ *Ibid.*, p. CCLXXX.

tiene una especial significación y constituye un capítulo lleno de interés en nuestra historia literaria. No es un puro azar que los primeros trabajos de Riva-Agüero se dedicaran al cronista cuzqueño, nuestro primigenio historiador; ni que volviera sobre esta figura en repetidas ocasiones a lo largo de su vida. Para Riva-Agüero el Inca era el primer gran mestizo del Perú, el primer egregio testimonio de la naciente nacionalidad; los **Comentarios Reales** representaban nuestros cantares de gesta y eran como la unión misteriosa y poética, dolorida y esperanzada, de dos mundos, de la leyenda y de la historia, de las dos grandes raíces forjadoras del Perú. Garcilaso, descendiente de los Emperadores del Cuzco y de los grandes capitanes y poetas de Castilla, renacentista y neoplatónico, testigo angustiado de las gestas en que las huestes de su padre ganaron y abatieron el Imperio materno, amoroso guardador del pasado incaico y soldado del Rey de España, hidalgo en Córbova y Montilla, con la tierna nostalgia de la patria lejana, unía, en fin de cuentas, en su vida, los grandes conflictos y antítesis de una perdurable y dramática creación; era el primer gran peruano; tenía todo el valor de un símbolo. Así lo comprendió y exaltó el peruanista Riva-Agüero en sus mejores páginas. El hecho, pues, de que su maestro admirado aceptase en buena parte su reivindicación de Garcilaso, tenía que significarle la mejor recompensa y el mejor tributo. Riva-Agüero se había "colocado en el punto de vista exacto" dice Menéndez Pelayo; el peruano recuerda siempre el juicio con gran recocijo y aunque su posición crítica frente al Inca varía con los años, según lo ha precisado Raúl Porras con gran acierto⁷², nunca olvida la noble actitud de su maestro.

En 1894, en el prólogo a la parte peruana de su *Antología*, Menéndez Pelayo habla del Inca Garcilaso al afirmar que si bien no produjo nuestro Virreinato un gran poeta en el siglo XVI, dió, en cambio, un gran prosista. En el juicio que desarrolla Menéndez Pelayo a raíz de esta primera afirmación, hay que distinguir claramente dos aspectos: la calidad literaria del cuzqueño y la validez estrictamente histórica de su obra. En punto a lo primero, la crítica no puede ser más favorable y elogiosa; contiene incluso frases y apreciaciones definitivas. Exalta la "belleza y gallardía de la prosa"⁷³ con que tradujo, mejorándolos, los *Diálogos de Amor* de León el Hebreo. Afirma que es el Inca "uno de los más amenos y floridos narradores que en nuestra lengua puede encontrarse"⁷⁴. Llama a los **Comentarios Reales** "libro el

⁷² *Fuentes Históricas Peruanas...* p. 172 y ss.

⁷³ *Antología...* p. CLXII.

⁷⁴ *Ibidem*.

más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito, y quizá el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas" ⁷⁵, y finaliza así: "Como prosista es el mayor nombre de la literatura americana" ⁷⁶. No puede ser mejor el juicio literario; ni pueden ignorarse sus términos —sin grave injusticia— para atribuirle una posición antigarcilacista. Interesa también subrayar que estas opiniones las vierte D. Marcelino en una Antología de poetas; que por tanto las caídas históricas ocupan aquí un lugar secundario, su criterio es fundamentalmente literario y estético. Incluir en su estudio sobre la poesía a un prosista, de los mejores de todos los tiempos en nuestra lengua, según él, revelaba, pues, una actitud decididamente favorable, una certera comprensión de ese valor poético que tienen las páginas de nuestro Inca. No es justiciero para con D. Marcelino afirmar que él ignoró o subestimó la índole genuinamente americana de nuestro escritor, como algunas veces se ha dicho ⁷⁷.

En el segundo aspecto —la calidad del Inca como fuente histórica fidedigna—, al enjuiciar la posición de D. Marcelino, no puede olvidarse el momento historiográfico en que escribe. Con Garcilaso ha ocurrido, como con tantos otros autores, que su fama, su autoridad y su prestigio han seguido un proceso, con sus momentos ascendentes y culminantes y sus etapas de declinación o menosprecio. Cuando D. Marcelino escribe su Antología, el Inca —como dice en su carta a Riva-Agüero— "está pagando la pena del crédito ilimitado que en otro tiempo se le concedía"; ha pasado el momento de fervorosa exaltación romántica, la investigación histórica está descubriendo nuevas crónicas de la primera hora que el Inca no conoció, se insiste por entonces en sus "plagios", se subraya la distancia temporal y espacial de sus relatos, hay lagunas en su biografía. El gran mérito de Riva-Agüero es haber dado el paso inicial definitivo en la revaloración de Garcilaso. Pero es justo recordar el momento historiográfico en que D. Marcelino escribe, que explica su sometimiento a las autoridades eruditas en materia que no son en rigor

⁷⁵ Ibid., p. CLXIII.

⁷⁶ Ibid., p. CLXIV.

⁷⁷ Nos parece exagerada, por ejemplo, la posición de Vladimiro Bermejo en su ensayo *Algunos estudios crítico-literarios sobre la obra del Inca Garcilaso* (Cfr. los *Nuevos Estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega*, editados por el Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, Lima, 1955, pp. (247)-270. No se transcriben con exactitud en ese trabajo, las referencias de Menéndez Pelayo a nuestro Inca y se trata de minimizar la modificación de su juicio a raíz de la defensa de Riva-Agüero.

de su especialidad. La prueba de que su opinión sobre el valor histórico del Inca es un sincero acatamiento del fallo erudito está en su cambio —no sustancial pero sí apreciable— al leer la “vindicación” de Riva-Agüero, que considera hecha con mucha habilidad.

En la versión de 1894 Menéndez Pelayo dice respecto al carácter propiamente histórico del Inca que sus obras son “novelas históricas” o “historias noveladas”⁷⁸. Y añade: “La autoridad histórica del Inca Garcilaso anda ahora por los suelos y casi ningún escritor serio se atreve á hacer caudal de ella. Aun en las cosas de la Conquista y de las guerras civiles, es cronista poco abonado, porque escribió, no a raíz de los sucesos, sino entrado ya el siglo XVII, y dejándose guiar de vagos recuerdos, de relaciones interesadas, de anécdotas soldadescas y de un desenfrenado amor á todo lo extraordinario y maravilloso. Pero donde suelta la rienda a su exuberante fantasía es en los **Comentarios Reales**... Prescott ha dicho con razón que los escritos de Garcilaso son una emanación del espíritu indio 'an emanation from the indian mind'. Pero esto ha de entenderse con su cuenta y razón, ó más bien completarse, advirtiendo que aunque la sangre de su madre que era prima de Atahualpa (si hemos de creerle), hirviese tan alborotadamente en sus venas, él, al fin, no era indio de raza pura, y era, además neófito cristiano y hombre de cultura clásica, por lo cual las tradiciones indígenas y los cuentos de su madre tenían que experimentar una rara transformación al pasar por su mente semibárbara y semieducada. Así se formó en el espíritu de Garcilaso lo que pudiéramos llamar la novela peruana o la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado a inventar, pero que sólo de sus manos recibió forma definitiva, logrando engañar a la posteridad, porque había empezado por engañarse a sí mismo, poniendo en el libro toda su alma crédula y supersticiosa. Los **Comentarios Reales** no son texto histórico; son una novela histórica como la de Tomás Moro, como la **Ciudad del Sol** de Campanella, como la **Océana** de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal y regido por riendas de seda, de un siglo de oro, gobernado por una especie de teocracia filosófica. Garcilaso hizo aceptar estos sueños por el mismo tono de candor con que los narraba y la sinceridad con que acaso los creía, y á él somos deudores de aquella ilusión filantrópica que en el siglo XVIII dictaba a Voltaire la **Alzira** y a Marmontel su fastidiosísima **novela de Los Incas**, y que en el canto de Olmedo invocaba tan inoportunamente, en medio del campo de Junin, la sombra de Huayna Capac, para felicitar á los descendientes de los que ahorcaron a Atahualpa. Para io-

⁷⁸ *Antología*... p. CLXII.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Madrid.

Lima, 24 de Septiembre de 1905.

Señor:

Si un estudiante del otro lado de los mares se atreve a enviar á Vd. una modesta tesis universitaria, es porque conoce cuanta atención presta Vd. á todas las producciones intelectuales de nuestra común raza, aun á las menores; y porque sabe también que la maravillosa actividad de Vd. ha acertado á hallar tiempo y modo de enterarse de todas las publicaciones, hasta de las más oscuras y olvidadas.

Hay además en el presente caso una razón especial, que es de gratitud y de honradez literaria. Mi ensayo sobre la literatura del Perú Independiente está inspirado en lo que sobre esta literatura dice Vd. en la Introducción del tomo tercero de la Antología de poe

tas hispano-americanas. Mis primeras cien páginas no vienen a ser sino la paráfrasis de juicios y pensamientos de Vd. Al presentarsetas, no hago más que restituir las a su verdadero dueño.

He leído mucho sus obras; y en varios pasajes del folleto, advertirá Vd. la huella de sus ideas y hasta de sus propias palabras. Las que dedico al movimiento romántico, en el principio del capítulo IX, son como un eco de las que Vd. expone en el último tomo de la Historia de las Ideas estéticas, capítulo III, sobre el romanticismo francés.

Algunas de las conclusiones á que llego, son radicalmente contrarias á las doctrinas que Vd. siempre ha defendido; pero desde hace muchos años he aprendido á admirar la noble serenidad con que Vd. aprecia todos los principios, aun los que considera erróneos, cuando llevan el sello del convencimiento y de la buena fe.

Me considero feliz al poder expresar el agradecimiento que profeso al hombre que por medio de sus libros, ha sido mi maestro predilecto y el principal educador de mi espí-

ritu. Perdone Vd., señor, la pequeñez y pobreza
de la ofrenda, por la veneración profunda con que
la hago; y acepte este homenaje de

Su más ferviente admirador

José de la Riva Agüero y Osma

Exmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid.

Lima, 22 de Enero de 1911.

Señor: Hace seis años, cuando principiaba yo mi carrera universitaria, tuve el honor de enviar á Vd., como homenaje de mi admiración profunda y muy muy sincera y respetuosísima, un ejemplar de mi memoria para el bachillerato de Letras. Recibí en contestación una muy amable y benévola carta de Vd. Recuerdo el día en que me llegó como uno de los felices de mi vida, y sólo por la natural satisfacción de amor propio en un principiante al recibir palabras de

aliento de quien es suprema
autoridad crítica en todos los paí-
ses de lengua castellana, sino an-
te todo por la íntima y afectuo-
sa admiración que profeso á quien
como Vd. ha influido con sus li-
bros profundamente y decisivamente
en mis ideas y mis estudios.

Alegitado por estas razo-
nes y por la afabilidad que la
vez pasada me demostró Vd., me
he permitido enviarle por el pe-
último correo un ejemplar
del libro sobre los historiadores pe-
ruanos con que he optado el
doctorado en letras. En dos capi-
tulos de él (los dedicados al Inca
Virgilaro y Teralta) cito á memo-
ria el ilustre nombre de Vd., como
ha de hacerlo, necesariamente
todo el que trate de asuntos re-

lacionados con la historia literaria española. En alguna ocasión me he atrevido á apartarme de sus autorradísimos juicios, al intentar rehabilitar un tanto el crédito histórico de los Comentarios y de la Historia del España vindicada. Tal vez ha influido en mi inconscientemente al hacerlo, el regionalismo y el amor á las celebridades del Herrero. Pero me parece que á la verdad (y confío en que Vd., como maestro indulgente, perdonará mi atrevimiento) extremó Vd. el rigor crítico con el cronista cuzqueño y con el pobre D. Pedro Perálta. Reciba Vd. mi tesis como tributo afectuoso del que puede gloriarse, con tanto derecho como el que mas, con el hito

De discípulo de Vd., á pesar de
inmaterial distancia que de Vd.
ha separado, porque se ha edu-
do y formado con sus libros;
recíbala Vd. también, y muy
principalmente, como expresión
de la más viva y cordial simpatía.
Gran gusto me causó la noticia
de la elección de Vd. como presidente
de la Academia de la Historia.
Aunque debe Vd. estar fatigado
de las pruebas de admisión
del nuevo oleaje de alaban-
zas que le llegan del exterior, siem-
pre espero que al cabo aprenda
hábil á honrar á sus grandes hon-
es. — Deseándole, con verdadera
efusión, salud y todo género de
prosperidad, tengo el placer de repetir-
le su admirador fervoroso.
José de la Riva Agüero y Osma

Santander, 20 de Setiembre de 1911.

Sr. D. José de la Riva Agüero.

Muy L. uno de julio
mi aprecio. Perdona Vd. q' con tanto
retraso conteste a su finísima carta
q' recibí hace meses, acompañada de
un ejemplar de su hermoso libro La
Historia en el Perú. Deseaba leerlo a
mis anchas durante las vacaciones
del verano, y así lo he hecho con
grandísima satisfacción mía, y igual
con algún provecho.

Felicito a Vd. cordialmente por
su obra, q' señala un evidente
progreso sobre su tesis, ya tan nota-
ble, acerca de la literatura peru-
na, y presenta un escritor enten-
dido y formado, lleno de perspicacia
crítica y de sano juicio.
Hace tiempo q' no ha llegado

a mis manos libro alguno de
historiografía americana han bien
conquistado como este, de tan
amplio como el género de pintura. Tan-
tadores importa en el la atri-
bución personal q. su autor aporte
a la historia del Perú, lo más
mo en el oscuro período primitivo
q. en los acontecimientos casi consem-
poráneos.

La vindicación de Garcilaso está
hecha con mucha habilidad en
varios puntos es convincente y yo eja-
gere sin duda, aunq. no tanto como
otros, la parte de imaginación no
hay en los relatos de este dih-
cristo cronista, pero quizá en el
fondo no diferimos tanto como
parece, puesto q. V. S. con su neti-
tud de siempre hace todas las
salvedades oportunas. Garcilaso está

pagando la pena del crédito ilimitado q. en otro tiempo se le concedía, pero ninguna reacción debe esperarse, y creo q. Vd. se ha colocado en el punto de vista exacto.

Más difícil es defender a Paralta Darmeno. Su libro, generalmente hablando, carece de crítica, no se compara en comparación con el P. Pérez y otros grandes eruditos de la escuela del siglo XVIII, sino con otros anteriores a Paralta como Ferreras y el Marqués de Mondejar. Es cierto q. tuvo algunos aciertos parciales, pero no de gran novedad. La verdadera determinación geográfica de Cantabria estaba perfectamente hecha por Zurita en una descripción q. publicó con otros siglos del arcidiácono Dormer. Si era cierto así pues q. añadir muy poco el

P. Hertz, y todavía menos J. Archambault.
Ide. Guerra, salvo algún pequeño error
accidental de falta de conocimiento del país.
La teoría del euroarismo e iberoarismo pri-
mitivo, amf. patrocinada por los gran-
des nombres de Hervas y Guillet de
Humboldt, está cada día más aban-
donada, por las conjeturas lingüísticas
en q. se apoya, y todo lo q. habemos de
la teoría primitiva induce a suponer
en ella diversidad de razas, de
lenguas, a lo cual concurre el testi-
monio de los geógrafos clásicos. De todo
esto era bastante entre los escritores
de la época (Boza, Ponce, Larramendi) para
q. se aceptase.
Reciba Ud. de nuevo mis pláce-
res más cordiales por tan esden-
te estudio, y exhortándole a perse-
verar en otros trabajos, tanto me
ofrezco sus afm. agradecidos e q. b. n.
M. Menéndez y Pelayo

grar tan persistente efecto se necesita una fuerza de imaginación muy superior a la vulgar, y es cierto que el Inca Garcilaso la tenía tan poderosa como deficiente en su discernimiento crítico"⁷⁹. Hasta aquí la parte menos equilibrada y aún contradictoria del severo juicio de Menéndez Pelayo sobre el valor histórico del Inca que no empañan los anteriores sobre su calidad literaria y que incluso subraya virtudes de Garcilaso como su "ternura", "sinceridad" y "fuerza de imaginación".

¿Cómo modificó Don Marcelino este juicio luego de leer la defensa de Riva-Agüero? No fué, desde luego, una modificación sustancial, pero sí apreciable y reveladora. En la póstuma versión de 1913 del mismo prólogo peruano Menéndez Pelayo atempera su severidad. Al hablar de *La Florida*, los *Comentarios Reales* y la *Historia General del Perú*, no dice ya, como en 1894, que son "novelas históricas" o "historias noveladas"; tales frases han sido eliminadas. Ahora dice, menos tajante: "...la mayor celebridad de Garcilaso... se funda en sus obras históricas, o que dió por tales..."⁸⁰. Todo ese párrafo, sin duda el más fuerte, que comenzaba diciendo: "la autoridad histórica del Inca Garcilaso anda ahora por los suelos...", es ahora suprimido. D. Marcelino no podía seguir creyendo que la autoridad histórica de nuestro cronista era tan pobre porque acababa de leer una vigorosa defensa a la que concedía valor. En lugar de aquél párrafo coloca uno, más largo, con la explicación serena de sus reservas, en el cual aparece por vez primera la referencia a Riva-Agüero. Dice D. Marcelino: "El primero y último de estos libros [*La Florida* y la *Historia General*] pertenecen en rigor a la literatura histórica; pero deben utilizarse con cierta cautela. En *La Florida*, ha notado Bancroft errores de detalle, que fácilmente se explican porque Garcilaso no conocía América del Norte, y tuvo que fiarse de los re'atos orales y escritos de algunos contemporáneos de Hernando de Soto. Para los sucesos del descubrimiento y conquista del Perú, la autoridad del Inca es muy secundaria por lo tardía y porque generalmente se reduce a transcribir o glosar las narraciones de autores ya im-

⁷⁹ *Ibid.*, p. CLXIII. Poco tiempo después Menéndez Pelayo reiteraba en otro libro su juicio sobre Garcilaso, aunque con alguna variante más favorable al Inca. Dice en 1896, refiriéndose a los *Comentarios Reales* y a *La Florida*: "...obras de capital importancia histórica, aunque tachadas de falta de veracidad en algunas partes, sobre todo en lo relativo a las costumbres y ritos de los indígenas peruanos antes de la Conquista" (*Historia de las Ideas Estéticas en España*, Madrid, 1896, T. III, p. 15. El subrayado es nuestro).

⁸⁰ *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, T. II, p. 73.

presos como López de Gomara, Agustín de Zárate y el palentino Diego Fernández. Cuando abandona el testimonio de estos historiadores, no siempre copiosos pero sí fidedignos, es para extraviarse en compañía del jesuita Blas Valera, cuyos manuscritos utilizó en parte: mestizo como él y como él apasionado de la antigua civilización indiana. El crítico que con más habilidad ha defendido a Garcilaso de la nota de historiador anovelado [Riva-Agüero], reconoce la falsedad del colorido general en las principales narraciones de los dos primeros tomos de su Historia (por ejemplo, la de la prisión de Atahualpa). 'Movido por el afán de presentar a los incas por el lado más favorable y halagüeño, [está citando a Riva-Agüero] altera y desnaturaliza el carácter de este periodo. La dura majestad, la bárbara grandeza del imperio del Inca, que tanto se destacan en la pintoresca relación de Jerez, se borran y se pierden en la suya para dar paso a una pintura que aquí merece el título de novelesca' (La Historia en el Perú). En otras cosas habla de memoria, como dijo el licenciado Montecinos, o se fía de anécdotas soldadescas. No conoció las riquísimas crónicas de Cieza de León, que son la principal fuente para las guerras civiles, pero al tratar de las rebeliones de Gonzalo Pizarro (en que su padre estuvo gravemente complicado), y de Francisco Hernández Girón, la cual presencié él mismo, tiene valor original su relato"⁸¹. Este nuevo párrafo revela bien a las claras que D. Marcelino se ha aprovechado de nuevas informaciones para rectificar su genérica desestimación de las obras del Inca como propiamente históricas, para precisar los alcances de sus reservas y para aceptar aquellos puntos en que nuestro Inca tiene valor de testimonio seguro. Y esa nueva información está, fundamentalmente, en el libro de Riva-Aguero.

En cambio, las frases finales, que contienen la parte más caduca de la apreciación de Menéndez Pelayo permanecen idénticas en la nueva versión. ¿Por qué llamaría a la mente de Garcilaso "semibárbara y semieducada"? ¿Por qué insistiría en comparar los *Comentarios Reales* con los libros utópicos de Moro y Campanella? ¿Cómo podía ser semibárbaro el magnífico traductor de los *Diálogos de Amor* cuya versión Menéndez Pelayo había elogiado repetidas veces? Pero a este párrafo, el menos feliz, le añade ahora nuevas notas. En una precisa la ingenuidad y creduidad del Inca frente a los relatos incaicos y dice con acierto que de haber vivido en nuestro tiempo Garcilaso habría sido "folklorista". La nota final concluye así: "Lo mejor que sobre Garcilaso, y en general sobre la historiografía del Perú conocemos, es el erudito e ingenioso libro del ya citado Doctor Riva-Agüero (pág. 33-214), y allí están cuantos argumentos pueden alegarse en pro de la veracidad del cronista de

⁸¹ Ibid., p. 74.

los Incas, a quien hoy es moda desestimar, así como antes se le concedía ilimitada confianza"⁸².

El tema del Inca fue sin duda principalísimo en la relación intelectual de Menéndez Pelayo y Riva-Agüero. En la biografía de éste ha de citarse siempre como prueba de su temprana consagración y de su precoz autoridad como crítico, el hecho de esta rectificación de Menéndez Pelayo, que no es propio magnificar ni disminuir. El hecho en sí, aparte de sus reales proporciones historiográficas, revela la madurez de nuestro escritor, la nobleza y probidad del maestro español. Pero tampoco conviene olvidar que el proceso de la valoración de Garcilaso como fuente para la historia incaica y de la conquista, ha seguido su curso. El propio Riva-Agüero evolucionó en este aspecto y en *Civilización Tradicional Peruana* y en otros trabajos posteriores al *Elogio* de 1916, cotejó las versiones del Inca sobre nuestro Imperio con las de Sarmiento de Gamboa, las Informaciones de Toledo y otras fuentes⁸³; luego de esta compulsa habla del "tardío recopilador Garcilaso" y de su versión "idealizada y edulcorada" del Imperio. Por lo que se refiere a la Conquista, la autoridad reconocida de Raúl Porras⁸⁴ ha precisado el valor secundario de la fuente del Inca. Las investigaciones en torno al Inca se han desarrollado intensamente a partir de los primeros estudios de Riva-Agüero que Menéndez Pelayo conoció; se puede hablar incluso de una escuela peruana de garcilacistas cuya tarea continuada y sistemática ha de arrojar aún muchas nuevas luces⁸⁵. Pero va quedando en pie la cali-

⁸² Ibid., p. 76.

⁸³ Tal evolución la ha trazado Raúl Porras Barrenechea (Cfr. *Fuentes Históricas peruanas*, p. 172 y ss). Acaso la última referencia de Riva-Agüero al Inca está en su citada conferencia de 1943. En ella, luego de recordar la rectificación de Menéndez Pelayo (Cfr. nota 67) dice: "...jamás, sea cual fuere nuestro amor y entusiasmo por el prestigioso cuzqueño, podemos aceptarlo como la mayor y más aceptable fuente, porque lo vedan no sólo sus condiciones de personalidad sino también el que no es testigo presencial: es un autor tardío, contra el que están (se refiere únicamente al tema de los sacrificios humanos) todos los autores que han tratado del Perú primitivo, y están las deposiciones de los testigos que en la época del Virrey Toledo dijeron que ellos mismos habían entregado a los niños y a las vírgenes para el sacrificio" (*Revista de la Universidad Católica...* p. 15).

⁸⁴ *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega...* p. 180 y ss.

⁸⁵ El Simposio sobre el Inca, organizado por el Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, en 1955, reveló el estado actual de la investigación sobre la biografía y la obra del cuzqueño. Posteriormente ha salido en México, Fondo de Cultura Económica, una edición de *La Florida* con estudios de Aurelio Miró-Quesada Sosa y José Durand.

dad extraordinaria de la prosa del Inca que D. Marcelino apreció certamente; el valor de cuadro de conjunto de los *Comentarios* y sus copiosos materiales folklóricos y etnológicos; ese arte suyo "del cual hemos de decir con Aristóteles que es más verdadero que la historia"⁸⁶; "efectiva poesía prosificada"⁸⁷, el triunfo reiterado que en él se produce del "narrador sobre el historiador"⁸⁸ como expresión la más insigne de la índole literaria del Perú. Con lo cual, pasados los años, se afirma la razón de D. Marcelino cuando le dice a Riva-Agüero: "en el fondo no diferimos tanto como parece", y la posición de los mejores garcilacistas peruanos se aproxima al espíritu que inspiró al maestro español al enjuiciar con cariño y encomio a nuestro Inca, sin el desdén o la incomprensión de lo americano que con tanta ingratitud se le achaca.

Pedro de Peralta y la literatura posterior

Otra fué, en cambio, la actitud de D. Marcelino frente a D. Pedro Peralta. No varió un ápice su opinión sobre *La España vindicada* y así se lo anuncia en su carta a Riva-Agüero. La nueva versión del prólogo peruano, en cuanto se refiere a Peralta, sólo trae dos añadidos, en sendas notas, ninguno sustancial. En un caso se trata de la transcripción de una página de *La Historia en el Perú* sobre la vocación y la obra científica de nuestro enciclopédico escritor⁸⁹. En el otro, las siguientes frases finales sobre el aporte del historiador limeño a la biografía de su paisano Peralta: "El Sr. de la Riva-Agüero, en su libro ya citado, añade muchas noticias; e importantes, aunque quizá demasiado apologéticas, consideraciones"⁹⁰. Riva-Agüero tenía debilidad por Peralta; a través de los siglos, con criollísima compasión, sufría por la enfermedad de gota que había aquejado al pobre D. Pedro Peralta. La severidad de D. Marcelino para con el erudito virreinal no dejó tranquilo a Riva-Agüero. En diversas ocasiones se refiere a Peralta con claro afán reivindicador. En

⁸⁶ Riva-Agüero, *La Historia en el Perú*. También Mariano Iberico ha exaltado los valores poéticos y, diríamos, "suprahistóricos" del Inca a quien llama "el poeta del alma incaica". (Cfr. *Revista Histórica*, Cuzco, 1939, Nº 73). El trabajo de Iberico y el de José Durand (*Garcilaso el Inca, platónico*, Las Moradas, Nº 7-8, Lima, enero-julio de 1949, p. 121-129), presentan la influencia neoplatónica en el Inca Garcilaso. El ensayo de Durand trae también interesantes consideraciones sobre la polémica renacentista acerca del valor de la historia y de la poesía, que conviene no olvidar frente a los *Comentarios Reales*.

⁸⁷ Riva-Agüero, *Opúsculos*, t. 2, p. 481.

⁸⁸ Raúl Porras B., *Nuevos estudios...*, p. 119.

⁸⁹ *Historia de la Poesía Hispano-Americana...*, p. 136.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 140.

su discurso en el Congreso Histórico de Barcelona, en 1929, al hablar de la unidad del mundo hispánico, de la manera cómo los criollos hispanoamericanos sentían que formaban una misma estructura política y cultural con los peninsulares, recuerda Riva-Agüero a Peralta y la crítica a D. Marcelino: "Tan lo comprendieron así en nuestras tierras, que hubo quienes se dedicaron a estudios de privativas antigüedades peninsulares..." Cita a Herrera de Maldonado, Pardo de Figueroa "y D. Pedro de Peralta Barnuevo, cuyo primer tomo de la *España Vindicada* fué en demasía menospreciado por Menéndez Pelayo aunque el mismo autor reconoció que 'maneja e interpretaba bien los textos clásicos'. Con ser de tiempos de tan escasa crítica, Peralta acertó además en puntos tan importantes como la ubicación de la Cantabria, la impugnación de los falsos cronicones, y el iberismo de los éscaros, en que fué el más definido precursor de Guillermo de Humboldt. El intento de rehabilitación que de este libro hace años ha, no obedeció a ciegas afición por las glorias del campanario; y tuve un día de placer de escuchar acerca de él, de labios del Padre Fita, Director que fué de la Academia de la Historia, juicios mucho menos severos que el del insigne polígrafo montañés"⁹¹.

Hay que avanzar hasta bien entrado el siglo XIX para encontrar nuevas huellas de Riva-Agüero en la *Historia de la Poesía Hispano-Americana*⁹². Al tratar muy de paso de los poetas contemporáneos a Felipe Pardo y a Segura, D. Marcelino recuerda en una nota que Riva-Agüero trae datos biográficos de figuras "oscuras" como José María Seguín, Manuel Ferreyros o Ignacio de Novoa, en su tesis sobre la literatura peruana del XIX⁹³. Más adelante, fiel a sus predilecciones clásicas, D. Marcelino, al referirse a Clemente Althaus dice que "aspiró a la pureza clásica sin conseguirla más que de lejos"⁹⁴ y en abono de su tesis transcribe este párrafo de Riva-Agüero sobre Althaus: "Sigue direcciones en realidad diversas, por más que entonces se confundieran bajo el nombre general de clasicismo. Unas veces imita a Quintana, otras a los sonetistas italianos y españoles del siglo XVI y XVII, otras a Fray Luis de León, y otras, por fin, a los clásicos latinos; que en cuanto a los griegos, no parece haberse familiarizado con ellos"⁹⁵. La última refe-

⁹¹ *Opúsculos*, T. I. p. 153-154.

⁹² Salvo una ligerísima alusión al Conde de La Granja (p. 132).

⁹³ *Historia...*, p. 182.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 186.

⁹⁵ *Ibidem*.

rencia a Riva-Agüero se produce en torno a Constantino Carrasco (†1877), el poeta peruano más moderno que estudia, y sobre todo en torno a su versión del *Ollantay*. Para D. Marcelino esta pieza, lejos de ser anterior a la Conquista parece "una imitación de las comedias españolas, hecha por a'gún ingenioso misionero del siglo XVII, y quizá de tiempo muy posterior. Si en esto erramos, nuestra ignorancia nos disculpe, pero no somos los únicos en opinar así y en el Perú mismo no falta quien nos acompañe en tal creencia"⁹⁶. Y el compañero de que se ufana D. Marcelino es Riva-Agüero, de quien transcribe una página larga del *Carácter de la Literatura del Perú Independiente* en la cual nuestro autor resume las opiniones sobre el origen del drama y defiende una tesis igual a la de D. Marcelino: "Lo más racional y sensato será, pues adoptar la última de las opiniones expresadas: suponer (mientras no se descubran nuevos indicios) que se trata de una obra posterior a la conquista y que su autor fué algún misionero versado en el quechua, o algún indio o mestizo conocedor del teatro español. Este incógnito poeta recogió la tradición indígena del *Ollanta* (que tal vez pudo ser antes materia de una corta representación escénica o baile dialogado entre los indios) y sobre ella compuso su drama en el lenguaje cortesano de los Incas, evitó las alusiones al cristianismo y a la colonia, e intercaló en la pieza ciertos cantos populares... No era raro que los religiosos españoles, principalmente los jesuitas, compusieran comedias en quechua y aimará según lo declara Garcilaso en sus *Comentarios Reales* de cuyo testimonio no hay por qué dudar en este caso pues no pudo engañarse ni mentir acerca de suceso tan conocido y próximo cuando él escribía"⁹⁷. Con esta larga transcripción, dos páginas antes de concluir su

⁹⁶ Ibid., p. 192.

⁹⁷ Ibid., p. 193. En su ejemplar del segundo tomo de la *Historia* (de 1913) Riva-Agüero hace la siguiente anotación frente a la cita suya de D. Marcelino: "Todo esto debo modificarlo. El manuscrito de Giustiniani era copia del de Valdés; pero a más del de Santo Domingo hubo uno pacheño de 1735, con variantes dialectales, que le sirvió a Tschudi en su segunda edición". Ampliando sus anteriores puntos de vista, afirma en *El Perú histórico y artístico*: "Pero si es indudable que los Incas poseyeron un teatro, siquiera fuera rudimentario, también lo es que el *Ollantay*, como hoy lo leemos, es de redacción posterior a la Conquista: un arreglo españolizado, al parecer de principios del siglo XVII, sobre la base de un drama incaico anterior. Yo exageraré mucho la inspiración castellana de la actual versión, en una nota de mi ensayo sobre el *Carácter de la literatura del Perú Independiente*. D. Marcelino, con la benevolencia que me profesó, me hizo el honor de transcribirla en su *Historia de la poesía hispanoamericana*... Actualmente, con los estudios emprendidos, no puede hacerse caudal alguno de cuanto Mitre escribió sobre este tema. En vista de aquellos estudios hay que afirmar que el *Ollantay*, tal como lo disfrutamos, es obra de un refundidor de la épo-

prólogo peruano, terminan las referencias a las dos tesis universitarias de Riva-Agüero. Interesa observar que sobre la primera, aunque la califica de "notable" en su carta a Riva-Agüero y de "interesante", en otra a Pa'ma⁹⁸, Menéndez Pelayo elude un juicio global, como el breve pero preciso que hace de *La Historia en el Perú*. En los párrafos dedicados a Olmedo (que Riva-Agüero considera peruano para la literatura), a Melgar (con quien D. Marcelino es más comprensivo que el crítico limeño), a Pardo y Aliaga, a Segura, no hay rastros del efecto causado en el maestro por el libro peruano. Pero hay que tener en cuenta que esos libros primigenios de Riva-Agüero en muchas de sus esencias doctrinarias estaban muy distantes de Menéndez Pelayo. En ellos el limeño, "siguiendo la moda imperante desde la independencia y agudizada por el conflicto hispano-peruano de 1864 y por la propaganda anticatólica de González Prada"⁹⁹ había dicho que "del régimen colonial provienen todos nuestros males"; y, dentro del clima mental creado por la generación del 98 sobre la tradición y la decadencia españolas, percibió más los aspectos negativos del período hispánico. D. Marcelino no podía sentir por esas tesis, a pesar del valor científico que les reconoce y de la "rectitud" de Riva-Agüero que elogia en su carta, una total simpatía¹⁰⁰. Esas tesis encarnaban —con mayor eficacia aún

ca española, porque el *metrotosilábico* en que se halla, coincide muy sospechosamente con el del teatro de Castilla; porque los conceptos sobre los grandes dioses Inti y Patchacámaj y sobre la institución de las *Ajllas* o Virgenes del Sol aparecen desnaturalizados; y porque menciona animales como la gallina, desconocidos en el Perú antes de la invasión de los Castellanos. Pero por otra parte hay que admitir que el plan, los procedimientos poéticos, todos los cantares y muchos trozos son de tradición incaica, apenas levemente alterados por el redactor" (p. 41-42) Cfr. Leopoldo Vidal Martínez, *El Ollantay incaico y el Ollantay colonial*, en *Mar del Sur*, N.º 9, Lima, enero-febrero de 1950, p. (42)-51. Raúl Porras no ha publicado todas sus valiosas investigaciones posteriores.

⁹⁸ *Menéndez Pelayo y la Hispanidad. Epistolario...*, p. 270.

⁹⁹ Raúl Porras Barrenechea, estudio preliminar a *Paisajes Peruanos...*, p. CXXXVI.

¹⁰⁰ Sin embargo la edición de la *Historia de la Poesía Hispano-americana*, de 1911 revela el alto aprecio intelectual de Menéndez Pelayo por Riva-Agüero. Es acaso el único crítico hispanoamericano de esa generación allí citado: no aparecen Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, que ya por entonces habían publicado algunos trabajos. Entre los críticos peruanos Riva-Agüero es mencionado ocho veces y sólo lo aventaja D. Ricardo Palma, que es nombrado por D. Marcelino en veintinueve ocasiones, Juan de Arona aparece en dos oportunidades, José Antonio de Lavalle en tres, Manuel de Mendiburu, en cuatro, y Francisco y Ventura García Calderón una vez cada uno. La cita de Riva-Agüero es entre las de los críticos, igual en número a la de Luis Miguel Amunátegui, superior a la de Bartolomé Mitre, Olegario

por el gran talento del joven escritor y por su vigoroso estilo— las tendencias radicales y antihispánicas contra las que Menéndez Pelayo luchaba denodadamente. Por eso sus elogios, que no escatima, tienen mayor mérito y son una prueba más de su amplitud y generosidad. Pronto, sin embargo, irían ganando terreno en el discípulo peruano las enseñanzas de Menéndez Pelayo; Riva-Agüero se iría acercando lenta pero constantemente al ideario fundamental de su maestro. No hay sino que cotejar las tesis de 1905 y 1910, en cuanto se refieren al enjuiciamiento de lo hispánico en el Perú, con el *Elogio del Inca Garcilaso* de 1916, con los *Paisajes Peruanos*, cuya redacción definitiva es de 1917, con *El Perú Histórico y Artístico* de 1921, y con todos sus escritos posteriores, en especial sus *Opúsculos* de 1937 y 1938, en los cuales es ya, en plenitud, el Menéndez Pelayo americano. Mayor correspondencia no cabía en esta relación intelectual.

Ni los términos, tan cordiales y efusivos, de las tres cartas que hemos glosado; ni las múltiples citas de Menéndez Pelayo espigadas a lo largo de la obra de Riva-Agüero; ni el aprecio que D. Marcelino tuvo y demostró por las tesis juveniles de aquél; ni los elementos de sus varias coincidencias intelectuales y espirituales, que hemos querido subrayar, agotan, desde luego, el tema de esta atractiva vinculación y semejanza. En la biografía de Riva-Agüero el capítulo de la influencia de Menéndez Pelayo ha de ser uno de los más nutridos y sugestivos. Habrá de trazarse allí el proceso de la crítica literaria peruana de los últimos cincuenta años, siguiendo los derroteros de ambos escritores frente a temas y problemas como los de el Inca Garcilaso, Peralta, Ollantay, Amarilis, Diego Mexía de Fernangil, Hojeda, el Conde de la Granja, Olavide, la pléyade del primer *Mercurio Peruano*, Olmedo, Velarde, Felipe Pardo y Aliaga, nuestros románticos. Habrá de precisarse en ese capítulo hasta qué puntos ambos significan lo mismo en sus respectivas órbitas culturales.

Andrade, Diego Barros Arana, Rivas Groot, Justo Sierra, García Izcazbalceta y sólo inferior a la del referido Palma, Juan María Gutiérrez, Bello, Caro y Cuervo.

Entre los hispanoamericanos de esa generación la amistad más estrecha con D. Marcelino fué la de Riva-Agüero. La influencia de Menéndez Pelayo en Francisco García Calderón fue en los primeros años muy intensa; él incitó, como hemos visto, a Riva-Agüero para que leyera los libros del maestro español y él escribió un capítulo en su libro *De Litteris* (Lima, 1904) dedicado a Menéndez Pelayo, uno de los primeros trabajos en la nutridísima bibliografía menéndezpelayesca; pero esa influencia resultó menos honda y definitiva en García Calderón, cuyo pensamiento posterior se nutrió más bien con las corrientes francesas.

Nuestro modesto empeño de ahora se queda en la glosa de las tres cartas y se explica en el afán sincero y devoto de rendir homenaje a la gran figura hispánica y universal de Marcelino Menéndez Pelayo, en el primer centenario de su nacimiento, asociándolo al primer historiador del Perú, ya que es tarea sustantiva y permanente de esta Casa que ostenta con orgullo el nombre de Riva-Agüero, mantener viva su memoria, ahondar en su obra luminosa y dar siempre testimonio de sus nobles ideales, católicos y peruanistas.

LAS CARTAS

I

D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Madrid.

Lima, 24 de septiembre de 1905.

Señor:

Si un estudiante de otro lado de los mares se atreve a enviar á Ud. una modesta tesis universitaria, es porque conoce cuánta atención presta Ud. á todas las producciones intelectuales de nuestra común raza, aun á las menores; y porque sabe también que la maravillosa actividad de Ud. ha acertado á hallar tiempo y modo de enterarse de todas las publicaciones, hasta de las más oscuras y olvidadas.

Hay además en el presente caso una razón especial, que es de gratitud y de honradez literaria. Mi ensayo sobre la literatura del Perú Independiente está inspirado en lo que sobre esta literatura dice Ud. en la *Introducción* del tomo tercero de la *Antología de poetas hispano-americanos*. Mis primeras cien páginas no vienen a ser sino la paráfrasis de juicios y pensamientos de Ud. Al presentárselas, no hago más que restituirlas á su verdadero dueño.

He leído mucho sus obras; y en varios pasajes del folleto, advertirá Ud. la huella de sus ideas y hasta de sus propias palabras. Las que dedico al movimiento romántico, en el principio del capítulo IV, son como un eco de las que Ud. expone en el último tomo de la *Historia de las ideas estéticas*, capítulo III, sobre el romanticismo francés.

Algunas de las conclusiones á que llego, son radicalmente contrarias á las doctrinas que Ud. siempre ha defendido; pero desde hace muchos años he aprendido á admirar la noble serenidad con que Ud. aprecia todos los principios, aun los que considera erróneos, cuando llevan el sello del convencimiento y de la buena fe.

Me considero feliz al poder expresar el agradecimiento que profeso al hombre que, por medio de sus libros, ha sido mi maestro predilecto y el principal educador de mi espíritu. Perdone Ud., señor, la pequeñez y pobreza de la ofrenda, por la veneración profunda con que la hago; y acepte este homenaje de

Su más ferviente admirador
José de la Riva Agüero y Osma

II

Exmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Madrid

Lima, 22 de Enero de 1911.

Señor: Hace seis años, cuando principiaba yo mi carrera universitaria, tuve el honor de enviar á Ud., como homenaje de mi admiración profunda y muy sincera y respetuosa simpatía, un ejemplar de mi memoria para el bachillerato de Letras. Recibí en contestación una muy amable y benévola carta de Ud. Recuerdo el día en que me llegó como uno de los felices de mi vida, no sólo por la natural satisfacción de amor propio en un principiante al recibir palabras de aliento de quien es suprema autoridad crítica en todos los países de lengua castellana, sino ante todo por la íntima y afectuosa admiración que profeso á quien como Ud. ha influido con sus libros profunda y decisivamente en mis ideas y mis estudios.

Alentado por estas razones y por la afabilidad que la vez pasada me demostró Ud. me he permitido enviarle por el penúltimo correo un ejemplar del libro sobre los historiadores peruanos con que he optado el Doctorado en Letras. En dos capítulos de él (los dedicados al Inca Garcilaso y Peralta) cito a menudo el ilustre nombre de Ud., como ha de hacerlo, necesariamente todo el que trate de asuntos relacionados con la historia literaria española. En alguna ocasión me he atrevido á apartarme de sus autorizados juicios, al intentar rehabilitar un tanto el crédito histórico de los *Comentarios* y de la *Historia de España vindicada*. Tal vez ha influido en mi inconcientemente al hacerlo, el regionalismo y el amor á las celebridades del terruño. Pero me parece que á la verdad (y confío en que Ud., como maestro indulgente, perdonará mi atrevimiento) extremó Ud. el rigor crítico con el cronista cuzqueño y con el pobre D. Pedro Peralta.

Reciba Ud. mi tesis como tributo afectuoso del que puede gloriarse, con tanto derecho como el que mas, con el título de discípulo de Ud., á pesar de la material distancia que de Ud. me ha separado, porque se ha educado y formado con sus libros; recíbala Ud. también, y muy principalmente, como expresión de la más viva y cordial simpatía.

Gran gusto me causó la noticia de la elección de Ud. como presidente de la Academia de la Historia. Aunque debe Ud. estar fatigado de las pruebas de admiración del numeroso oleaje de alabanzas que le llegan del exterior, siempre es hermoso que al cabo aprenda España á honrar á sus grandes hombres. Deseándole con verdadera efusión, salud y todo género de felicidades, tengo el placer de repetirme su admirador fervoroso.

José de la Riva Agüero y Osma.

III

Sr. D. José de la Riva Agüero.

Santander, 20 de Setiembre de 1920.

Muy Sr. mío y de todo mi aprecio: Perdone Ud. q. con tanto retraso conteste a su finísima carta q. recibí hace meses, acompañada de un ejemplar de su hermoso libro *La Historia en el Perú*. Deseaba leerlo á mis anchas durante las vacaciones del verano, y así lo he hecho con grandísima satisfacción mía, y ojalá con algún provecho.

Felicito á Ud. cordialmente por su obra, q. señala un evidente progreso sobre su tesis, ya tan notable, acerca de la literatura peruana, y presenta un escritor enteramente formado, lleno de perspicacia crítica y de sano juicio. Hace tiempo q. no ha llegado a mis manos libro alguno de historiografía americana tan bien compuesto como este, y de tan amplio y generoso espíritu. Tanto como el juicio de los historiadores importa en él la contribución personal q. su autor aporta á la historia del Perú, lo mismo en el oscuro periodo primitivo q. en los acontecimientos casi contemporáneos.

La vindicación de Garcilaso está hecha con mucha habilidad, y en varios puntos es convincente, yo exageraré sin duda, aunq. no tanto como otros, la parte de imaginación q. hay en los relatos de este delicioso cronista, pero quizá en el fondo no diferimos tanto como parece, puesto q. Ud. con su rectitud de siempre hace todas las salvedades oportunas. Garcilaso está pagando la pena del crédito ilimitado q. en otro tiempo se le concedía, pero ninguna reacción debe extremarse, y creo q. Ud. se ha colocado en el punto de vista exacto.

Más difícil es defender a Peralta Barnuevo. Su libro, generalmente hablando, carece de crítica, no ya en comparación con el P. Flórez y otros grandes eruditos de la escuela del siglo XVIII, sino con otros anteriores a Peralta como Ferráras y el Marqués de Mondéjar. Es cierto q. hubo algunos aciertos parciales, pero no de gran novedad. La verdadera determinación geográfica hecha por Zurita es una disertación q. publicó con otras suyas el arcediano Dormer. A esta disertación tuvo q. añadir muy poco el P. Flórez, y todavía menos D. Aureliano Fdz. Guerra, salvo algún pequeño error nacido de falta de conocimiento del país. La teoría del euscarismo ó iberismo primitivo, aunq. patrocinada por los grandes nombres de Hervás y Guillermo Humboldt, está cada día más abandonada, porq. las conjeturas lingüísticas en q. se apoya, y todo lo q. sabemos de la Iberia primitiva induce a suponer en ella diversidad de razas y de lenguas, á lo cual concurre el testimonio de los geógrafos clásicos. De todos modos era corriente entre los escritores vascongados (Poza, Hervás, Larramendi...) antes q. Peralta la aceptase.

Reciba Ud. de nuevo mis plácemes mas cordiales por tan excelente estudio, y exhortándole á perseverar en otros análogos, me ofrezco suyo afmo. agradecido s.q.b.l.n.

M. Menéndez y Pelayo.